CLARIN DE BATALLA....

en las Blancas Nieves o sea 1944

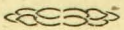
BIBLIOTECA NACIONAL
0320069

POR

VIOLETA QUEVEDO

SANTIAGO DE CHILE
1945

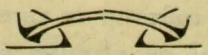
VIOLETA QUEVEDO



CLARIN DE BATALLA...

en las Blancas Nieves

o sea 1944



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHI
SISTEMA DE BIBLIOTECAS
DESCARTE

BUENOS AIRES
1944.

RECUERDOS QUE EMOCIONAN O SEA AÑO ¡1944!

LA última de mis residencias fué un terrible fracaso. Aunque a mi hermana Sofía se la había descripto como muy notable y hasta deliciosa, no puedo dejar de reconocer cuán lejos estuvo de ello y el ingrato recuerdo que dejara en mi ánimo.

Consecuencia de ello fué el enfermarme, pues las dueñas de la pensión donde nos alojamos nos destinaron un cuarto excesivamente frío, y, como si esto fuera poco, apenas si querían darnos de comer.

La casa estaba situada en la calle de Santo Domingo, y era propiedad de unas señoras apellidadas Murillo, tan parecidas las tres que nunca acababa yo de distinguirlas. Cuando una de ellas venía a alegar algo de tanto con que al cabo del día nos abrumaban, yo le decía:

—¡Pero, señora, hace un minuto vino usted con lo mismo!...

—No, señorita, yo no he venido. Fué mi hermana...

—Es que son tan igualitas... — respondía yo, impacientándome conmigo misma, por mi escasa capacidad fisonomista.

Como mi afección era ya seria, pensé buscar alivio en otro lugar más adecuado, y se me ocurrió que el clima de Los Andes venía muy a propósito para mi caso.

Escribí al sotacura Carlos Ibar, que es de allí, y partimos en seguida. Tuvimos al principio algunas dificultades, pero, a Dios gracias, pronto pudieron ser subsanadas. En lo que respecta a mi salud, a los tres días conseguí verla restablecida. Desapareció la recia tos que me combatía, y recuperé el uso expedito de la palabra, pues había estado completamente afónica.

Sin embargo, la residencia fué detestable, en lo que a comodidades y buen trato se refiere. Apenas supieron en la pensión que éramos las señoritas de Quevedo, nos elevaron los precios por las nubes, cobrándonos mucho más de lo que pagaban nuestros compañeros de hospedaje.

Aunque la alimentación era escasa, y nada selectas las viandas, soportamos con heroica paciencia todos los inconvenientes, por lo que tenía el lugar de benéfico para mi salud.

En esta ocasión, una feliz casualidad nos hizo conocer a la señorita Anita, de Coquimbito. Ella hizo de instrumento de la Divina Providencia, y, con sus infinitas y delicadas atenciones contribuyó a suavizar los rigores y asperezas que debíamos experimentar en la casa donde parábamos. A menudo nos invitaba a tomar el té en su casa, un hermoso chalecito situado a la orilla del río, desde el cual se goza

la vista en la contemplación de un hermoso panorama.

Nos rogó con repetidas instancias que nos alojáramos en su casa, cobrándonos la mitad de lo que estábamos pagando, y casi tuvimos la tentación de aceptar su propuesta, pero la rechazamos al fin con gran pena, pues quedábamos lejos de la iglesia donde allí se venera al Cristo Pobre, cuya devoción había sido para mí y Sofía, fuente de grandes consolaciones, y al cual estábamos encantadas de conocer y venerar.

EL CRISTO POBRE

Dedico un párrafo especial al Cristo Pobre, advocación con que es venerado en Los Andes, en la iglesia situada en la calle de Santa Rosa, al frente de la cual se hallara un tiempo el R. P. Francisco Javier Lizana. El R. P. Muñoz es ahora el párroco, y su sotacura, el R. P. Carlos Ibar, gran orador y celoso apóstol de la fe, aún en aquel solitario y minúsculo pueblecito, tan distinto del ambiente en que él se educó. Misteriosos son los designios de la Divina Providencia, que sitúa a sus elegidos en todos los lugares, y no repara en tiempos ni en edades para asignarles su misión, siempre de trascendental importancia, así sea realizada por las personas más sencillas en los medios más humildes.

Nuestra devoción por el Cristo Pobre data de muchos años atrás. En cierta ocasión, mi hermana Sofía estuvo a las puertas de la muerte. Nada valían todos los expedientes de la ciencia, ante los cuales el mal no cedía un ápice. Después de varias tentativas, observaciones y contradicciones, como acontece siem-

pre en circunstancias difíciles, máxime cuando se halla en juego la vida de una persona, pensóse en la conveniencia de practicar una operación, aunque sin albergar seguridades de éxito. En tales angustiosos momentos, una amiga de mamá, Carolina Brickles, ya fallecida, nos sugirió:

—¿Por qué no le hacen una promesa al Cristo Pobre?

Muy grave estaba mi hermana, pero en cuanto oyó este bendito nombre, sintió renacer en su corazón la esperanza de curar. Aunque no conocíamos esa advocación de N. S. Jesucristo, pusimos en práctica el consejo de nuestra amiga, y habiendo sido escuchadas, guardamos desde entonces gran devoción al Cristo Pobre.

—¿Y cómo podía ser de otra manera, si a El, debemos la vida de mi hermana!... La operación se vió coronada por el más completo de los éxitos, a pesar de que, según nos aseguró el doctor Navarro, a cuyo cargo estuvo, sólo en un caso entre mil, es posible obtener feliz resultado.

LOS ANDES

Curioso pueblecito éste, que apenas si tiene el honor de figurar en las cartas geográficas. Su trazado es por demás sencillo, y no creo que para efectuarlo se haya recurrido a los oficios de un técnico en urbanismo. Para la pretensión y aspiraciones de sus habitantes, está todo lo bien que pudiera desearse, teniendo en cuenta su importancia. Sus límites forman un cuadrado matemático; tiene siete cuadras y, como característica predominante, cuatro alamedas, en las cuales hemos creído ver la aspiración de tocar el cielo, si no con las manos, con las copas de sus erguidos y altísimos árboles. ¡Y cómo no, si no hay hombre sobre la tierra que no crea ver en su solar nativo el vértice del mundo!...

En la plaza se levanta una estatua — detalle nada común en pueblos de tan pequeñas proporciones —, y a ella se halla adherida una placa con la siguiente inscripción:

El pueblo de Los Andes
Al general San Martín
12 de Febrero de 1817

Maipú, 5 de Abril de 1818.

5 DE ABRIL DE 1944.

(Fecha del accidente milagroso que escapé en Santiago recién llegada de Buenos Aires).

en recuerdo y homenaje del abrazo que se dieron el general San Martín y el virrey del Perú después de la batalla de Maipo.

Los Andes es una copia perfecta de San Felipe — o éste de aquél, ¡vaya uno a saber! — pero a mí me agradó más el último, por ciertos detalles y circunstancias que no me sería fácil referir.

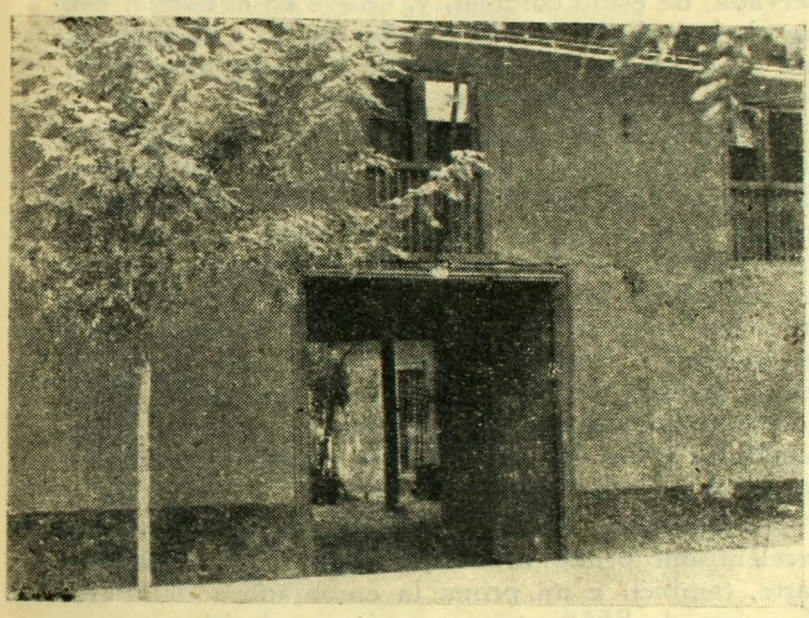
EL ABUELO BUENAVENTURA MARDONES

Protagonista de un episodio de nuestra historia fué este hombre, argentino de nacionalidad, que dió albergue al general San Martín y a las personas que lo acompañaban, en la casa, de modestísimas proporciones, que tuve ocasión de visitar, conservada como en tiempo de su primitivo dueño.

Vive aún, allí mismo, una nieta suya, Bienvenida Mardones, que dice ser parienta de la familia de Martínez.

Conversando conmigo, la venerable ancianita, cuyas facultades mentales se mantienen en plena lucidez, recordaba, entre otras cosas, que en los tiempos de su juventud, y aun menos lejanos, la vida no ofrecía tantas dificultades como ahora, se gozaba de mayor tranquilidad, no existían los conflictos que ahora se estilan, y, como dato ilustrativo, me apuntaba el siguiente:

—Antes, en esa época, todo era más fácil, todo más barato y más abundante. La carne, por ejemplo, asómbrese usted, valía sólo cinco pesos...



Casa donde alojó San Martín

Me contaba también, que allí mismo, en esa casita donde ella tenía la dicha de vivir, había tomado mate más de una vez el general San Martín, tan amigo de su abuelo.

Recorrí toda la casa, pobre, aunque bien conservada, de estilo colonial, y, estuve en el balcón desde el cual el glorioso Libertador habló a la multitud allí congregada. En recuerdo de la visita, tomé la fotografía que ilustran estas páginas.

Según narra la historia, de allí se dirigió San Martín a Santiago, donde lo esperaba el general O'Higgins. Después de la batalla de Maipo, en el mismo lugar en que se dieran el cordial abrazo congratulándose por la victoria que aseguraba la libertad de Chile, prometieron a la Virgen del Carmen erigir un monumento que recordara el fausto acontecimiento. Y desde entonces, aquella promesa, herencia sagrada de nuestros gloriosos héroes, no había podido verse cumplida; pero ahora, gracias a Dios, superadas todas las dificultades, se ultiman los preparativos para llevarla a la práctica.

Los méritos de su realización corresponden a mi excelentísimo primo, arzobispo, Juan S***, y, en gran parte, también a mi prima la embajadora del Perú, Margarita de S***, quien, preciso es decirlo, aunque con ello hiera su modestia, ha dedicado a tan feliz iniciativa lo mejor de sus empeños.

Una vecina de Maipú, dijo haber sabido que unos días antes de su trágica muerte, nuestro primo el arzobispo fué allá con muestras de gran apresuramiento. Parece como si supiera que tenía los días contados, y en consecuencia, ponía en sus tareas toda la premura que sus fuerzas le permitían. Presintiendo, quizá, que no podría por mucho más tiempo seguir haciéndose cargo de esa gran obra, tomó las llaves de los documentos a ella concernientes y, renunciando a

su puesto, hizo entrega de todo al Señor Obispo Eugenín.

La construcción del gran monumento o basílica, que estará a cargo de un arquitecto argentino, ha de comenzar muy pronto, pues ya se cuenta con los fondos necesarios, por donación de chilenos y argentinos, hermanados en la hermosa empresa.

EL PALOMARCITO DE LOS ANDES

Años hace, había oído hablar de este convento, y no sospechaba que estuviera tan cerca de casa. Informándome, supe que era el mismo de que había tenido referencias por una jovencita muerta ya en olor de santidad, la cual creo merecerá algún día el honor de los altares.

Fuí a visitar a las Hermanas, que me brindaron exquisitas atenciones, mostrándose muy diversas de los demás habitantes de Los Andes, a quienes parece que no les resultan muy simpáticos los de Santiago.

Quedé encantada con ese huertecito retirado del bullicio y las vanidades del mundo; en él, y al lado de aquellas buenas religiosas, se respiraba una atmósfera de paz y de sosiego que paralizaba todas las emociones, o mejor dicho, que fundía todas las emociones en una sola: la emoción de la Divinidad. ¡Oh, fray Luis de León, quién nos diera tu inspiración para cantar tus salmos.

La tornera del convento, hermana Angela, estuvo amabilísima conmigo y me obsequió un libro por permiso de la madre superiora, hermana Díaz, a quien tuve el gusto de conocer, habiéndonos tratado a mí y a mi hermana Sofía con gran ternura y benevolencia.

JUANITA EL TREBOL DE 4 HOJAS

Encontré en ese huertecito una hermosa flor o trebol de conservatorio, y supe su nombre: Juanita Fernández; hallazgo que me dejó encantada, pues nunca hubiera imaginado que tan feliz acontecimiento pudiera tener tan pobre escenario como el de aquel triste y abandonado pueblecito.

Pensé en seguida si sería bueno o conveniente narrar algo de las circunstancias y hechos que se ligaban a ese suceso; pero, lo confieso, aún cuando hubiera decidido hacerlo, no venían a mi mente muchas inspiraciones. Además, ¿qué añadiría mi modesta pluma a tanto y tan admirable como habíase ya escrito sobre la vida de la acertadamente llamada el Lirio del Carmelo? Ese mi interés, pues, debía quedarse en admiración personal, sin trascender más que en mis conversaciones.

A pesar de ello, aunque no haga de mis noticias sobre el caso materia de un tratado, no puedo

dejar de consignar aquí, muy brevemente, algunos detalles que por su índole especial ha de interesar a quienes conserven el recuerdo de esa niña privilegiada, y mucho más si en vida la conocieron.

Conocí a esa jovencita cuando yo vivía en la calle del Dieciocho, en cierta ocasión en que, en la iglesia de San Ignacio, estaba confesándose con el R. P. Falgueras, y pregunté:

—¿Quién es esa niña de largas trenzas y pelo castaño?

Me dieron su nombre, Juanita Fernández, el que, naturalmente, no me hizo en ese momento mayor impresión; pero hoy mismo, cuando escribo estas líneas, no acierto a explicarme qué fué lo que me impulsó a pedir noticias de ella. ¿Sería quizá porque algún día me vería precisada o tentada a escribir sobre su vida? En fin, no sé; lo cierto es que nunca más volví a verla, aunque después supe que había ingresado en el Palomarcito, dejando a su madre y hermanos consumidos por la pena y dolor de su alejamiento, en parte por ella compartidos; pero mitigados por la certeza de su vocación y la seguridad de que debía acudir al llamado de Dios.

Estuvo educándose en el colegio del Sagrado Corazón de la calle de la Maestranza, en Santiago. En ciertas ocasiones tenía que servir en la escuela gratuita, en esas fiestecitas que les dan a las niñas pobres, y otorgaba mayores atenciones y más exquisita amabilidad a las de figura menos agraciada, dando prueba evidente de sus admirables dotes de caridad. Lo mismo hizo al entrar en el claustro, empeñando su promesa de ser una y la misma para todas y de que "a todas las trataría de la misma manera, pues todas eran para ella iguales". ¡Alma privilegiada, cómo se había compenetrado de la caridad de N. S. Jesucristo!

Algo me estuvo contando la hermana tornera, en las conversaciones que sobre dicho tema sostuvimos, y en una de ellas, con mucha filosofía y como incitándome a esta tarea que ahora emprendo, me decía:

—Hacer un ramo de flores con flores bonitas no cuesta nada. Lo contrario es lo que cuesta...

En una de sus páginas leí algo simpático para mi carácter, por la revelación de que en alguna de sus aficiones se me asemejase. El párrafo expresaba, poco más o menos, "que se encontraba, cuando hacía sus excursiones y en su carácter varonil, una verdadera yanqui".

La hermana tornera, por el cariño que le profesaba, rogó a la madre superiora le permitiera cuidar de Juanita durante su enfermedad, es decir, mientras estuvo atacada del tifus, lo que le fué concedido.

"Cuando la cuidaba — narróme esta buena hermana—, empecé a leer sus libretas de apuntes, y en seguida tuve la evidencia de hallarme ante una criatura extraordinaria, a pesar de que no es mucho lo que pude sacar en claro de aquellas nerviosas anotaciones.

"Ella se complacía siempre sirviendo de jardinera y regando unas florecillas que le tenía puesta a una estatua de la Sma. Virgen.

"En la última comunión estaba absorta en Dios como en éxtasis. Los últimos días, estando ya muy enferma, tomó la disciplina como siempre, y con fervor admirable fué a rezar la hora santa.

"A las tres estaba toda encendida por la fiebre, y habiéndose puesto a cantar con su hermosa voz que la fiebre enardecía, le reproché que hubiera incurrido en esa imprudencia.

"—¿Cómo, Juanita, ha hecho eso? Ha cometido una gran falta.

"Me contestó, que lo había hecho por penitencia, y que entendía cumplirla así de la única manera que le estaba permitido.

"Poco tiempo antes de morir, hizo una visita al cementerio, y al hallarse ante el único nicho desocupado, se le ocurrió decir, a modo de predicción:

"—Este nicho va a ser para mí,— y uniendo la acción a la palabra, con su lápiz escribió en él su nombre. Y en efecto, allí mismo después de muerta la colocaron.

"Al tiempo de irse, y como si la inspiración profética no la hubiera aún abandonado, añadió:

"—Este hueco guárdenselo a Rebeca, que lo va a ocupar, — palabras que resultaban en la ocasión un poco extrañas, pues, mientras tanto, la aludida andaba mariposeando".

Yo la conocí en casa, pues era muy amiga de mi sobrina Ester H. En cierta ocasión, que nunca olvidaré, mi hermana Sofía me dijo:

—Esta niña parece desengañada del mundo. Me parece que se hará monja.

Un día que fué a ver a mi hermana al hospital, se lo pregunté, y me dijo que pensaba serlo.

Se fué luego al Carmen con Aurora L.***, a quien tuve la inmensa satisfacción de conocer de Sub-Priora en el Palomarcito de Los Andes.

Conversando con ella, le pregunté sobre el motivo que había determinado su ingreso allí, y me contestó con toda sencillez y simpatía:

—En dos ocasiones quise irme a otro convento, y Juanita en sueños me disuadía, diciéndome: "Tienes que irte allá".

Ella no la conocía sino por su historia, pero se sintió irresistiblemente impulsada a obedecer, y el pronóstico no falló, porque se confiesa dichosa y feliz.

Cuando se acercaba el momento de nuestro regreso, la madre superiora, quiso darnos una audiencia y conocernos a mí y a Sofía.

Sentimos pena al abandonar aquellos lugares donde habíamos pasado días de paz y tranquilidad, gustando de la exquisita bondad de las gentiles hermanitas, y donde nos fuera permitido gozar un poco de las delicias del cielo, pues pudimos oír misa allí y también comulgar. Después tuvieron la amabilidad de hacernos desayunar en su modesto refectorio, limpio y ordenado como una alhaja, y a tono su humildad con la pobreza característica de ese claustro carmelitano.

La Superiora me pareció inteligentísima, y a pesar de sus años, que deben de ser muchos, conserva sus recuerdos frescos, vívidos como de ayer, natural y lógico en las almas acendradas y fortalecidas en el amor de Dios.

Tuve oportunidad de conocer también a la albacea del convento, Virginia Díaz, quien nos colmó a ambas de múltiples atenciones, y lo mismo otra señora, de apellido Villar, que nos causó óptima impresión y dejó en nosotras gratísimo recuerdo.

A ellas se reducen las contadas amistades que hicimos en ese humilde pueblecito de Los Andes, del cual partimos creo que sin regreso, aunque a su convento lo llevaremos siempre en nuestro corazón.

1944

O

RECUERDOS QUE EMOCIONAN

Preparábase un Congreso Eucarístico Nacional en este pueblo de recuerdos de mi infancia, y tomé la determinación de asistir, con la íntima esperanza de poder hacerlo en la mayor tranquilidad y con provecho para mi alma, sin pensar ni en sueños que mi ánimo y mis fuerzas desfallecerían en tristes emociones.

Una vez en el tren, y ya ubicada en mi asiento, tomé un libro para distraerme el tiempo que durara el viaje, y tanto me interesó su lectura, que no me di cuenta de la llegada sino al sentir en mis oídos el nombre de la estación ¡Rancagua!...

¡Qué clamores, voces y cantos en los andenes! Y en medio de aquel bullicio y movimiento, destacando su uniformidad de lo abigarrado del conjunto, una nutrida falange de niñas luciendo en sus cabezas, como blancas palomas que allí se hubieran posado, el sencillo tocado de sus boinas blancas.

¿Cuál sería el motivo de aquel tumulto? Parecían ecos lejanos que desearan aturdirme, o sacudir la emoción que ya me empezaba a dominar.

Me asomo a la ventanilla, y descubro que todo aquel mundo de gente se había reunido para despedir a la encantadora amiga y distinguida presidenta de la Juventud Católica, Teresita Ossandón, que en compañía del caballero G. Prieto Concha tomaba el tren de que yo descendía para la concentración en Chillán.

Tuve ocasión de cruzar dos palabras de importancia con Teresita, a la que contestó con toda tranquilidad.

Mientras escribo estas líneas, me entero de que acaba de renunciar al puesto que desde jovencita había prestigiado con su desempeño abnegado y de todo punto eficaz, apoyada en el consejo y la cooperación del Excmo. Sr. Obispo Mons. R. Edwards, y también en las acertadas directivas de mi tía Amalia, a quien más de una vez acudió a pedirle su parecer.

Toda su juventud y lo mejor de sus esfuerzos había sacrificado Teresita en beneficio de esa Obra que ahora, en medida tan poco afortunada, la ve alejarse de sus filas. En mi opinión, jamás debieran haberle aceptado su renuncia, en atención a sus muchos años de meritorio desempeño al frente de la católica institución.

Cuando yo le reproché que no se hubiese pedido mi opinión, tranquila y como resignadamente me contestó:

—¡Dios lo sabrá!...

No fué otra su respuesta, como si el tema no la mereciera más extensa, pero creo que mis palabras se habrán grabado en lo más profundo de su corazón.

LA ESTACION

Cuando hube conseguido alejarme del bullicio y alboroto de los andenes, comienzo la visita y recorrido de aquellos lugares que no veía desde tantos años atrás; pero el hecho de encontrarlo todo muy cambiado moderó la impresión intensísima que de otro modo hubiera experimentado.

La nueva estación del ferrocarril hallábase en plena construcción, las piedras y los materiales diseminados por todos lados, de manera que se hacía difícil la circulación. Dominando todo aquel revoltillo de escombros, máquinas y herramientas, erguíase la imponente armazón de un edificio de hierro y cemento de quince metros de altura con que el progreso quería reemplazar las vetustas construcciones.

Rancagua es ahora un emporio del comercio, la mayor parte del cual está en manos de árabes y españoles. La firma principal es la constituída por la sociedad de Braden y Copper, de la Compañía de la Minación de Hierro y Electricidad, que benefician los minerales del Cobre y del Teniente.

Como se celebraba el Congreso Eucarístico, sin pensar después de haber deseado ver a mis antiguas conocidas, y éstas estaban en la iglesia, me llegué yo también allá, y no me daba ni siquiera cuenta que pasaba cerca de mi antigua casa colonial, ni de San Francisco, pues todo en mi cerebro se desorientó, no pisando sino un espeso polvo de tierra en los caminos, circunstancia que, añadida a la solemnidad de aquellos instantes, traía a mi memoria la conocida sentencia bíblica: "**Pulvum eris, et in pulverem reverteris**: Polvo eres, y a ser polvo tornarás" (Gén. III, 19).

Allí de paso encontré a Laura G.*** con su anciana madre desmayada, pues la aglomeración de gente le había ocasionado ese síncope, y ella me dijo:

—Allí es San Francisco.

¡Cuál no sería mi alegría cuando vi que llegaba justo a tiempo para tomar parte en las ceremonias! Alcancé a la misa que estaba pontificando Mons. Rafael Lira, y quedé muy satisfecha por haber podido unirme en espíritu y persona al solemne e inolvidable Congreso Eucarístico de Rancagua.

VISITANDO A RANCAGUA

Llego donde la familia de Madrid, y allí veo a Sarita, su hermano, que ha comprado una linda casita con su trabajo, y su tía, que casi lloraban al verme. Gente buena y que ha prosperado mucho: así son los cambios ahora.

Luego de algunos instantes de conversación me dijo:

—Yo la habría convidado a mi casa, señorita, pero no me atreví.

Estaba admirablemente bien puesta; a tal punto, que en Santiago cualquiera señora se habría querido este lindo chalecito. Sufrí con verlos; almorcé con ellos, y me despedí.

Llego al azar a una casa, y con gran sorpresa mía, una anciana que atendió al llamado no quería franquearme la entrada, permitiéndome hablar por un portillito de la puerta no más, hasta que le dije mi nombre.

Acude la señora, y al oír mi nombre, emocionada exclama:

—¡Usted, la hijita menor de don Agustín!...

Y tomándome de la mano cariñosamente, me condujo al salón, encontrándome igualita que cuando yo era niña, y evocando recuerdos, me contaba que no había caballo al cual yo no montase, a pesar de las amonestaciones de mi mamá.

Llamábase esta señora, Cristina Yurasek, y acababa de obtener varios premios en una exposición de cuadros que me mostró: unos barcos maravillosos, algunos cuadros del busto humano, otros de las flores, unos copihues de matices tan maravillosos, que me trasladé a Nueva York, donde nunca soñarán que, en un pueblecito tan modesto como Rancagua existe ese genio de la pintura.

Allí conocí a su hermano, que me dijo con mucha simpatía:

—Su mamá fué la que me dió mi primer pantalón.

Me despidieron casi con lágrimas en los ojos, recordando a esta antigua golondrina que llegaba como en peregrinación a estos parajes de sus antepasados, y que, como me decía Sofía:

—Fuiste tú a sufrir y hacer llorar.

MI CASA COLONIAL

Después de haber andado por esas calles cubiertas de tierra y polvo, mirada como algo raro por las gentes del pueblo, que decían, entre signos de intriga y admiración:

—Allí va la señorita del sombrerito, — pues así andaba yo, no sospechando que por allí nadie lo usaba.

—Acompáñame a visitar mi antigua casa, — le dije a Laurita G.***, — que estoy deseosa de verla.

Fuimos allá, donde yo no la había reconocido, habiendo pasado por allí varias veces en mis trayectos, pues las antiguas rejas las habían pintado de color de café bronceado, y antes eran blancas, llamada "La casa de los pavos reales", los cuales, cuyo número ascendía a unos cien, eran el ornato de allí, y ofrecían un hermoso aspecto cuando armaban sus colas magníficas de múltiples e irisadas plumas. Recordé entonces que en cierta ocasión, cuando chica, en tanto ellos habían desplegado el bellísimo abanico de sus colas, me acerqué en puntas de pies y desplumé a uno, en infantil alarde de inconsciencia, sin reflexionar en el dolor que a esas bellas aves les ocasionaría.

Al entrar allí, todo vino a mi memoria. En esta misma casa supe habíase alojado el español D. Manuel Osorio, según contaba mi papá.

Recordé como en visión lo triste y alegre. Había allí una pileta de natación, donde mi papá le dió una lección a mi hermana Sofía, diciéndole:

—Para nadar, no hay que tener miedo. Hay que tirarse no más.

Sin más que esto, Sofía, que era chica, al pie de la letra puso en práctica la lección. Se arroja al agua, pero con tan mala suerte, que cae al fondo de la pileta, de agua turbia y barrosa. El susto de mamá fué grande, y de un tirón de mechas le quitó sus veleidades, siendo ésa la recompensa de sus proezas náuticas. Como es fácil de suponer, mi hermana nunca volvió a realizar el intento de nadar; pero Laurita L.***, grande amiga mía, y yo tuvimos mejor suerte, y aprendimos a nadar, entreteniéndonos largas horas en ese deporte acuático. Ella, mi amiga, a quien quise mucho, compañera mía predilecta, ya falleció, quedando yo a flote en este mar tempestuoso de la vida, digo, intentado un símil, que tiene relación con los recuerdos que aquí evoco.

Después de recorrer todo, pensé que allí habían fallecido dos deudos míos: una guagua, mi hermanito Patricito, que me cuenta Sofía ella recordaba haber visto empinadita por el portillo de la llave de un cuarto donde velaban al hermanito, y casi no le he creído, pues era tan chica, pero siempre lo cuenta, añadiéndome que esa fué su primera impresión. Yo era menor, así es que no supe ese fallecimiento sino por referencias, pero mi papá pasó su larga enfermedad y allí falleció también.

Recordé también allí paseos agradables con amigos con quienes hacíamos cabalgatas a los pueblos ve-

cinos, corriendo que era un contento, dando toda la velocidad a los caballos cuando nos habíamos alejado de casa para no ser vistos de mis padres. Creo que debo a mi buen ángel custodio el haber salido librada y en salvo de varios accidentes, que sin su intervención hubieran sido de consecuencias más graves que el simple golpe y el susto consiguiente. Por eso, a la vez que me reprochaban por mi temeridad rayaba en lo inconsciente y por los riesgos que en nuestras correrías nos amenazaban, a mí y a mis infantiles compañeros, nunca dejaban de recomendarme":

—"No cuentes tus escapadas milagrosas, porque te podrían imitar otros niños".

En otra ocasión, yendo por el camino del río Cachapoal, como un ciego empiezo a caminar haciendo prodigios de equilibrio sobre una baranda de fierro, sin pensar en el peligro a que me exponía, hasta que una persona que había presenciado la hazaña me lo advirtió con las siguientes palabras:

—Si usted hubiese perdido el equilibrio, se habría caído y estrellado en el fondo.

¡Cuán cierto es que los ángeles cuidan de los niños!

Después de recorrer todo esto y recordar cada etapa de mi pasado, ya no pude contenerme, y sin más, al que me mostraba la que había sido mi casa, le dije:

—¡Por favor, devuélvame mi casa! — traduciendo en palabras lo que desbordaba de mi corazón.

Y el que cuidaba la casa de los Artesanos, a quienes fuera vendida, me contestó con simpatía:

—Señorita, se ha comprado en un millón de pesos.

Yo me quedé en silencio, despidiéndome para no volver más.

TRAGICA GUERRA

Tiempos de sangre y de luto está viviendo actualmente la humanidad entera. Todas las naciones de la tierra — o casi todas, y por de contado, las más poderosas; y las que no, no han podido escudar en la no ingerencia o en la neutralidad sus deseos de permanecer alejadas del conflicto—; casi todas las naciones de la tierra, pues, se han enzarzado en una guerra que casi pudiéramos llamar de exterminio, sin tregua ni cuartel, de la cual no han quedado excluídos los niños, ni los ancianos, ni las mujeres... Han perecido en ella prelados, sacerdotes, misioneros, hermanas..., lo más espectable, lo más sacrificado de instituciones y órdenes religiosas que en las diferentes regiones de este caótico mundo, las más alejadas, las más ignotas, esparcen el mensaje de salvación y de paz que al precio de su sangre nos legara nuestro divino Redentor.

Ni los sagrados recintos del Vaticano se han salvado de la hecatombe, aunque, gracias sean dadas al Altísimo, la venerable persona de nuestro Padre San-

to Pío XII ha logrado salir indemne de los azares de la guerra. Parece como si nuestro Señor hubiera apartado de él la metralla homicida, para cumplir su misión pacificadora de las almas.

* * *

Del campo de batalla, regado con sangre de la humanidad entera, y que a toda hora tortura nuestra imaginación por cinco años que se hacen inacabables; de los lugares asolados por las máquinas infernales creadas por los hombres para destrozarse mutuamente; de aquellos trágicos escenarios, recibí la misiva que más adelante transcribo, en las extrañas circunstancias que paso a narrar.

Estando medio enajenada, o como embelesada por no acierto a pensar qué clase de divagaciones, diviso algo así como un aéreo, en el cual llegaba una carta, que venía enrollada en una bala, de parte de los aliados, dirigida a mí, y era de una de esas hadas agregadas a los ejércitos en lucha: las cantineras.

Digo "hada", recordando el calificativo que a ellas otorgaba el conocido, elocuente y ameno Padre Charles, a quien tuve al placer de oírle sus interesantes conferencias. En las que dedicó a estos admirables y heroicos ejemplares de mujeres, se refirió a ellas en los términos más elogiosos, y solía agregar que "las hadas eran siempre un poco tontas". No acierto a comprender el alcance exacto ni el verdadero significado de tal afirmación; pero, en lo que respecta a la expresada misiva, me fascinó de tal manera, que le obedecí en el acto, encontrando muy atinado todo lo que en ella se me sugería. Hela aquí:

"París, Diciembre 18.—Querida Violeta.—Aunque seas la más humilde florecilla y la más pequeña

del orbe, ¿por qué no aprovechas esta oportunidad de actualidad que vivimos todos ahora? Unete como en bilocación a nosotros... Atraviesa mares Pacíficos y Atlánticos; mira todo como a través de telescopios; pasa las fronteras; divisa en lontananza los charcos de sangre..., no muy de cerca, pues sufrirías demasiado al verlos...

"Enrólate también, y narra la batalla de Rancagua, donde tú pasaste tu infancia. Aunque tú no sepas nada de allí, ni por estudio, pues he sabido que cuando de pequeña estudiabas en un colegio, te omitían lo concerniente a Chile, y eso no fué culpa tuya. Pero, en cambio, tú a esa tierra le tuviste cariño, por ser la de tus padres, donde recordarás tu infancia y travesuras, y las precarias circunstancias de peligros que por obra de la divina Providencia no más librast-te. Creo podrá ser interesante para unos, aunque no tanto para otros; pero convengo que no puedes dar el gusto a todo el mundo.

"Creo que sufrirás, como siempre, decepciones de muchos, y críticas malévolas; pero, te ruego, ten valor, y como dicen siempre tus amigos los franceses, **¡Bon courage!** Accede, pues, a mis deseos.

"Te abraza tu affma., **Demoiselle Georgette N.**"

* * *

He trascripto la carta cuya recepción en circunstancias tan singulares relataba al principio. Ahora, paso a hacer lo mismo con la respuesta enviada a mi afectuosa correspondencia, en la que, como se verá, están contenidos los motivos y la promesa de este trabajo, el cual por insinuación de mi amiga he emprendido. La copio directamente en francés, según fué escrita, pues, dadas las actuales circunstancias, no juzgo prudente traducirla.

"Ma chere Georgette.—J'espere que le récit que je t'envoie de la bataille de Rancagua, qu'il y a quelques jous seulement fetait son quatrième centenaire el dont les détails ont été pris d'un grand historien, te plaira. Tu y trouveras mes souvenires d'enfance, de la vieille maison coloniale oú j'habitais alors.

"Assurement que cela ne peut se comparer aux horreurs de cette affreuse guerre, qui ne peut être autre chose qu'un châtiment du Ciel. Mais Dieu, dans sa miséricorde n'oubliera pas les anciens héros qui ont laissé de belles pages dans l'histoire de France. Saint Louis et la brave heroine Jeanne D'Arc protegeront ton pays. J'osc t'assurer que la victoire sera des Alliés, quoique tant de merveilles ont ét é détruites que j'ai eu la chance de connaître. Les cendres des héros actuels, leur sacrifice, seront les nouvelles forces créatrices de ta patrie.

"Lorsque mon propre pays ne prenait pas encore sa place dans la cause de la justice a côté des Alliés, crois-moi j'ai bien souffert, et le jour oú il put remplix son devoir je me suis soulagé.

"Aie confiance cette année qui commence sera triomphante pour votre cause, qui est la mienne aussi.

"Recois l'affection de ton amie. — Feliz año a todos".

RANCAGUA HEROICA

La noticia del desastre de Rancagua causó en la capital y en los pueblos de Chile más comprometidos en el proceso de la independencia una impresión sólo comparable a lo que en los años de la conquista produjo la nueva de la muerte de don Pedro de Valdivia. Profunda consternación, desolación indescriptible se apoderaron de los ánimos de la población patriota, y las familias más conocidas por su afección a la libertad comenzaron sus aprestos para abandonar al país antes que llegaran las fuerzas de Osorio a la capital.

En la tarde del 2 de Octubre, del Ejército Nacional no quedaban sino los restos que salvó O'Higgins de un inútil sacrificio y la división que con Carrera se retiró de Rancagua. En la Plaza Heroica, convertida en hoguera quedaban abandonados 400 muertos, 280 heridos y 9.000 prisioneros. La bandera negra que ondeaba en la torre del Templo, que había sido el símbolo de la Revolución de los bravos chilenos que defendieron allí sus ideales, era aho-

ra el lábaro de la ruina de la Patria Vieja, que allí quedaba sepultada es un mar de sangre y abrazada en llamas.

Refiere Garcillaso Inca que la noticia de la derrota de Tucapel había llegado al Cuzco llevada por dos indios y escrita en un papel diminuto, sin fecha ni firma, en que decía que "al Capitán Valdivia y a cincuenta lanzas se los había tragado la tierra". Nada menos había ocurrido con las esperanzas de los patriotas, cuyas desgraciadas disensiones y ninguna ciencia del gobierno los llevó a malograr el fruto de tantos sudores. **La desgracia sería en el futuro el maestro de sus nuevos trabajos.**

Sería inoficioso recordar el momento de la carga de O'Higgins y Freire para abrirse paso entre los sitiadores, gesto sublime que ha inmortalizado el arte en la estatua que el pueblo de Chile levantó al más grande de sus hijos. Cuando años más tarde en 1830 se juzgó a O'Higgins de temerario por haberse lanzado al ataque con 700 hombres contra fuerzas muy superiores en Chacabuco y recordó los días de Rancagua y dijo: "Los que hacen esa acusación, son incapaces de juzgar mis motivos y sentimientos en aquella ocasión.

"Ellos ignoraban el juramento que hice durante 36 horas de combate en Rancagua; ellos no sabían los clamores y ruegos que diariamente ofrecían a los Cielos desde aquel día aciago hasta el 12 de Febrero de 1817; y ellos no eran sensibles a los abrasadores sentimientos, en que me consumía al oír los innumerables actos de injusticia y de crueldad perpetrados por mis oponentes contra mis más caros amigos y los más queridos de mi Patria".

"Si mis acusadores hubiesen conocido estas cosas, experimentado sus tormentos, entonces y no de otro modo habrían comprendido mis sentimientos. Al

imponerme a la cabeza de mi brava infantería, exclamé usando de las voces de los días de Roble y de Rancagua: "¡Soldados! ¡Vivir con honor o morir con gloria! ¡El valiente siga! ¡Columnas a la carga!"

"Entonces y nó de otro modo podrían mis acusadores entender la causa por qué 700 infantes sostenidos por 300 caballos derrotaron, destruyeron y apresaron un triple número en menos de una hora; entonces y nó de otro modo podrían ellos conocer mis sentimientos al observar al feroz Talavera rendir sus armas y al sanguinario San Bruno entregarme personalmente su espada y entonces y nó de otro modo podrían haber comprendido la razón, por qué exclamé en aquel instante: "Ahora, aunque venga la muerte, me encuentro contento y feliz, porque he vivido lo necesario para ver cumplido el grande objeto de todos mis actos: Ya vuelvo a tener una patria y he vengado mis agravios".

En este recuerdo vehemente que hace el Héroe y Padre de la Patria, se mide la intensidad de su emoción vinculada a los negros días de Rancagua. En la defensa de la Plaza quedaron aquella tarde luctuosa el capitán José Ignacio Ibieta, que con las dos piernas rotas, de rodillas, con el sable en la mano, guardó el paso en una trinchera hasta caer deshecho a sablazos; los abanderados Ovalle y Núñez cayeron sucesivamente envueltos en el Pabellón, cuya vista era el acicate de los bravos; el teniente coronel don Bernardo Cáceres pereció heroicamente asediado de preferencia por habérsele confundido con don Juan José Carrera, por su extraño parecido físico.

El 5 de Octubre las tropas vencedoras ocupaban a Santiago, mientras los restos del Ejército, agrupados alrededor de sus caudillos, se retiraban por la Cordillera hacia Mendoza. Más de dos mil personas de las principales del reino emigraron en las condicio-

nes más penosas. Dice el ilustre San Martín: "Concebí al momento el conflicto desolador de las familias y de los desgraciados que emigraron para salvar la vida, porque, fieles a la naturaleza y a la justicia, se habían comprometido por su país. Mi sensibilidad intentísima supo excitar la general de todos los hijos del pueblo de Mendoza, de manera que con la mayor prontitud salieron al encuentro de sus hermanos más de 1.000 cargas de víveres y muchísimas bestias de silla para su socorro". El mismo salió de Mendoza y llegó a Uspallata y aún a Picheuta, al encuentro de los chilenos afligidos por la desgracia, y les prestó los más solícitos cuidados.

El nuevo Gobernador de Chile, Don Mariano Osorio, apenas hubo ocupado la capital, se trasladó a Aconcagua para dirigir la persecución, y en esta operación, que terminó con el combate de retaguardia en la ladera de los Papeles, capturó cuatro banderas, las que envió a Lima, adonde llegaron el 6 de Noviembre. Al llegar a la ciudad de los Reyes, el virrey Atascal pasó en su carroza por sobre las sagradas insignias de los patriotas chilenos las que al efecto fueron abatidas en tierra. Las banderas fueron depositadas a los pies de la Virgen del Rosario, en el Templo de Santo Domingo, y allí las recuperó siete años más tarde Don José de San Martín, Comandante en Jefe del Ejército Libertador del Perú, al ocupar la capital limeña. Para su devolución al Estado de Chile comisionó a su amigo el Coronel don José Manuel Borgoño, a quién había honrado nombrándole primer Gobernador de Lima y Comandante General de Armas.

El general San Martín se dirigía a O'Higgins en los siguientes términos:

"Excelentísimo señor":

"Las banderas tomadas al enemigo en Rancagua que pertenecían a las tropas de ese Estado, han sido vueltas a tomar por nuestras armas, y habiendo resuelto enviarlas a V. E. por conducto de uno de los jefes dependientes de este gobierno, las he entregado al coronel de Artillería, don José Manuel Borgoño sujeto de la mayor consideración por sus recomendables circunstancias, para que las remita a disposición de V. E. — Dios guarde a V. E. muchos años. — Lima, Julio 21 de 1821. — José de San Martín".

A su vez, el dignísimo Borgoño, en oficio de la misma fecha, las pone a disposición del gobierno y felicita al Supremo Director O'Higgins por los triunfos de la libertad en el Perú y por la gran parte que en ella le corresponde. Expresa Don Diego Barros Arana que en la segunda mitad de 1821 volvió Borgoño a su patria conduciendo esas honrosas reliquias para que fueran colocadas en lugar dignas de ellas.

Recibidas las banderas en Santiago, el júbilo del pueblo fué inmenso. Ellas llegaron a las diez de la mañana del 14 de Agosto de aquel año y su aparición en las afueras de San Pablo, fué saludada con salvas de artillería, repique general de las campanas y por vítores de la población que acallaban el estruendo de los cañones.

En imponente procesión fueron conducidas al Palacio Directorial en la Plaza Mayor, y allí exhibidas en la ventana. La multitud ebria de gozo, parecía no dar crédito a lo que veía con sus ojos, todos se abrazaban y prorrumpían en vivas a la patria.

Para corresponder al entusiasmo del pueblo, hubo que leer varias veces las cartas de San Martín y

de Borgoño; tal era la emoción de aquel pueblo niño, que tan poco fiaba de sus oídos y querían oír de nuevo los ecos que llegaban de los nuevos campos de batalla con tan plausibles nuevas.

Allí se congregó el pueblo todo: se renovaba a cada instante, pasó en contemplación por la mañana, pasó por la tarde y gran parte de la noche, por las mentes afiebradas de patriotismo y por los corazones doloridos de los deudos de aquellos que sucumbían en la gloriosa plaza de Rancagua. Pasaron en visión orgullosa y en sentimientos renovados las angustias y las lágrimas de aquellos días de dolor y de gloria. Esas banderas que las brisas heladas de Agosto agitaban en sus sitiales habían presenciado y vivido con los héroes sus arrestos y desmayos, el hambre y la sed, el dolor y la gloria y la muerte, la agonía de los que quedaron y la vida de los que imitando a los antiguos, rompieron contra el enemigo para volver más tarde por laureles que les fueron negados. Las Religiosas de Rancagua fueron conducidas a aquel pueblo por disposición de O'Higgins el 28 de Septiembre de 1821 y llevadas por el mayor Don Antonio Millán que habían combatido en la plaza gloriosa el año 14 disparando un cañón cargado con pesos fuertes a falta de municiones. Lo acompañaban el capitán don Luis de la Cruz, el ayudante mayor don José Villarroel y los tenientes Juan Vidaurre, José Baeza, Manuel Aispuria y Lorenzo Luma.

Desgraciadamente estos preciosos trofeos no han sido conservados con el celo y veneración que merecían. Arrancados del sitial de honor que merecían en lo principal del Templo histórico, se las relegó a un rincón y luego desaparecieron del sagrado lugar al extremo de que hoy no se tiene noticia de su existencia.

El Director Supremo don Bernardo O'Higgins había premiado a la ciudad Santa Cruz de Triana, capital del partido de Rancagua el 27 de Mayo de 1818 otorgándole el título de "muy leal y nacional ciudad de Santa Cruz y decretando las armas que distinguían su escudo". Dice: El campo del escudo será rojo, color emblemático de la sangre que ha costado a Rancagua su celebridad y el lema que circuirá el fénix será el siguiente: "Rancagua se renace de sus cenizas porque su patriotismo la inmortalizó". Firman este decreto el director y ex-ministro don José Antonio de Irisari.

Cuando en 1872 se inauguró la estatua de O'Higgins en el histórico paseo de la Cañada, dos veteranos sobrevivientes de Rancagua llevaron en Procesión una bandera negra, que simbolizaba aquella otra que 58 años antes había significado a los defensores de la plaza que el empeño se había trabado a muerte y a la vez había expresado el luto eterno que quedaba en los corazones de los chilenos por la muerte del que como Wáshington, ha merecido ser el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus compatriotas.

En este día de orgullosos recuerdos para la nación y para sus fuerzas de defensa nacional saludamos a la gloriosa Rancagua que es hoy modelo de virtudes, emporio de riquezas, de trabajo de campo. En otros fué altar de sacrificio, cúmulo de esperanzas y el alcázar de la gloria.

Pablo Barrientos, Teniente Coronel, Jefe de la Sección Histórica del Estado Mayor General del Ejército.

Copia del "Diario Ilustrado". — Violeta Quevedo.

VIAJE A BUENOS AIRES

Teniendo vehementes deseos de cambiar de ambiente por serias dificultades en mi patria en todo sentido.., había resuelto venir aquí, habiendo hecho planes con Sofía para que me acompañase. Esta no estaba en su vocación para aceptar este movimiento, pero convenciéndose que caía de su peso aceptó mi propuesta y lo admitió..., pero creo, ella, pensaba no llegaría nunca a realizarse, pues su anhelo y también en el mío, sería volver a Nueva York, donde teníamos recuerdos celestiales, de paz, tranquilidad y cordialidad con todos esos ingleses o yanques que se condujeron tan bien con estas extranjeras chilenas..., pero no se pudo conseguir la vuelta.

Estaban en Viña mis primos Valdés S., a quien manifesté mis proyectos. En el acto mi pariente Gabriel, con presteza dijo: "Si algo se les ofrece, yo gustoso haré los trámites. Le pedí buscase un alojamiento adecuado para irnos a Santiago, mientras arreglamos todo lo requerido para el transporte del ferrocarril, y éste nos contestó "tengo una casa de Re-

ligiosas que tienen alojamiento y les buscaré para que se vayan. "Pues estaban en Viña aún" quedamos aún así convenidos.

Pasaban y pasaban los días en Viña, donde estábamos cerca de 4 meses. Y tan mal alojadas a pesar de los gastos y explotaciones que tuvimos que irnos a Valparaíso y después nuevamente a Viña. Allí le rogué a la distinguida señora Teresa W. v. de N., nos dejase en su casa para pasar allí por una semana, pero este lapso se prolongó un mes, pues de todas partes, hoteles, casas de pensiones desastrosas y establecimientos de monjas nos contestaron negativamente... Tanto es el inmenso gentío de Santiago, y esto mismo me apresuraba a realizar luego mi viaje; pues llegando a Santiago que íbamos con la amiga Rosario L. v. del conde G. y su hijo Francisco, en menos de 24 horas nos cambiamos en tres partes y por último nos quedamos en el Hotel más infeliz, Altor, donde volví nuevamente a llamar a Gabriel para acentuar mi viaje, y le hablé por teléfono, siendo difícil encontrarlo.

En este hotel pasamos las penas de San Clemente, como se dice... aún recuerdo el semblante asombrado de Francisco... pues yendo al baño se encontraba con este seco.. y así era todo por el estilo... yo me reía... después los cuartos eran obscuros como calabozos... y observando ya que de aquí nada se podía ya alegar todo era imposible... resolví buscar un jarro de agua caliente... y el mozo exclamaba: ¡ya la gringa va a llevarse toda el agua! y para colmo teníamos una buchanan que nos miraba todo el tiempo de hito en hito, como si fuéramos sus iguales... Como viento en popa en pocos días lo arreglamos; creyendo con ese motor tan eléctrico que lo hicimos, iría a resultar bien; pero estuvimos totalmente equi-

vocadas, pues a juzgar por el personal aduanero nos encontraron los boletos malos y que no servían.

En viaje a Buenos Aires

"En el ferrocarril Trasandino... nos alojamos esa noche antes en un modesto hotel con Sofía para así quedar cerca de la Estación Mapocho; salimos casi a obscuras a las 6 de la mañana, tuvimos la dicha de comulgar en los Padres Carmelitos y esta sería la Palanca que afirmó los grandes acontecimientos que la Providencia nos iba a auxiliar en esta difícil travesía.

Partida del tren

Llegamos tempranito para arreglar nuestro equipaje, con bastantes bultos y maletas y luego llegó para tomar el mismo tren Isabel S. con su distinguido esposo Gonzalo B., nuestros distinguidos primos que de casualidad para nosotros hubo esa feliz coincidencia, pues éstos iban únicamente a terminar el negocio de la venta del chalet que tenían en Viña... Algo providencial le pasó a mi hermana. Se entusiasmó para despedirlos, y por suerte retuvo los pasos, como el Angel Custodio la retuviera en no seguir adelante..., pues viendo la bandera lacre se contuvo en no pasar y antes de seguir adelante retrocede en la plataforma mirando y despidiendo a los parientes (yo ya había estado con ellos). Súbitamente se desprenden los carros, uno para Viña, otro a Mendoza. Gracias al cielo, libró Sofía la vida que estaba en un pelo.

Seguimos marcha creyéndonos ya libres y tranquilas.

Pasamos por el río Aconcagua y el río Blanco, donde fué el huracán..., el instrumento Divino que Dios se valió fué el gran santo y protector Francisco de Paula, que en otra ocasión de la venta que hice de mi primer chalet en la calle Magdalena Vicuña, Llano Subercaseaux, por meterme a Arquitecta y que no sabía nada, me salvó del naufragio..., llega el investigador a revisar los carnets y al verme me toma de reojo... mi apellido no le cuadra en su propia mente, y me creyó extranjera. Mi figura y nombre en sus nociones de abolengo no los entiende en su íntima democracia; y sin más me exige mi salvo conducto, que no lo tenía, le respondí.

"El nos dice entonces con tono imperativo" se tienen que bajar y volverse muy ligero en la Estación Las Cuevas. "Se ponen en movimientos las señoritas para defendernos L. R. V., que estuvo gentil, llama a un señor de la Compañía del Wagons lits, pero su intervención, no tuvo éxito, no aleguen más nos dice — pues faltan algunos minutos y bájense luego exclama el hombre brusco y uno de ellos agregaba: "aquí en las Cuevas les saldrá más conveniente. A mi hermana Sofía la hallaba más conforme y ya iba a descender — y yo con la fé del carbonero, que yo todo lo espero de Dios y no de las criaturas "le dije recemos", le suplico, le ofrezco una novena a San Francisco de Paula y como algunos oyeron hablaban y dijeron: Ud. invocó a un Santo y creían que era San Antonio.

Llega cuando estábamos abajo en la disputa la señora C. de S. y me pregunta ¿qué te pasa Violeta? Y le cuento yo con sencillez: quieren hacerme bajar por no tener salvo conducto.

Por este medio vino la salvación, quizás con esta relación el hombre creyó que no era extranjera y cambió totalmente y me dijo cuando ya faltaban minutos para la partida del tren "siga no más su camino, suban luego y váyanse". Otra vez más dí gracias a Dios, pero susto igual, no he pasado nunca, pensar volver atrás con este viaje tan difícil y con todo mi equipaje" que bochornoso habría sido mi distracción por no haber arreglado mi pasaporte. Después supe de buena fuente que a ninguna chilena le pedían salvo conducto, pues por eso no me habían exigido a mí.

Atravesamos luego las nevadas Cordilleras, llegamos a Portillo, un hermoso panorama, rodeado de nevadas montañas y seguimos por la Laguna del Inca a 2.850 metros sobre el nivel del mar, pasando en seguida por los Caracoles, donde éstos abundan.

Llegamos en seguida por el puerto del Inca, donde destacaban allí unas hermosas piedras de todos colores y abreviando algo mi trayecto, pues no estaba mi cabeza muy fresca para describir estas fantásticas cordilleras argentinas que describen otros escritores más peritos, llegamos a una de las primeras estaciones que fuí con su nombre sorprendida: "Vicuña Mackenna" nombre de mis tíos que tuve asombro seguro al leer, recuerdo seguro del coloso genio don Benjamín Vicuña Mackenna, a quien no conocí más que de nombre, pero uno de sus vástagos que reside aquí y después relato se condujo como su digno sucesor con una de sus parientes, Fernando O. es su nombre.

Tranquilamente estamos tomando el té con Sofía y regresábamos a tomar nuestros asientos... y cuál no sería nuestra sorpresa al atravesar la plataforma

y encontrar cerrada la puerta. La máquina se había colocado en otra línea, que ni lo sospechamos. Unicamente iluminadas por el Espíritu Santo, corrimos a todo escape y a tontas y a locas subimos al tren que estaba lejos en otra vía. ¿Este es el tren que sigue a Buenos Aires? preguntamos y contestándonos afirmativamente nos subimos y en el acto pitió el tren.

Descansamos ya viendo allí nuestro equipaje, pues esto habría sido un chasco garrafal... en cambio otros viajeros que se bajaron para jugar con la nieve, uno de ellos se quedó... y la señora alcanzó a gritar "Se quedó mi marido". Entonces tocaron los cordeles... de alarma... pero estos no alcanzaban su toque... sino al comedor; pero Sofía que observaba esto vió que la dama ya estaba muy consolada porque se puso inmediatamente "rouge".

Empezaban ya varios pasajeros a descender del tren en esta estación y como algunos caballeros se habían apercibido que el servicio ferroviario continuaba en mi persecución, molestándome siempre con mis boletos, desciende rápido y golpeándome el hombro me dice: "Señorita, Ud. no gastará este dinero hasta que llegue a Buenos Aires" y por debajo me entregó 10 pesos nacionales. No tuve tiempo, asareada hasta la coronilla, sino de decirle "mil gracias". El conocía su gente de seguro y por eso lo hizo, y siguió rápido, descendiendo del convoy.

Se ven algunas almas nobles aún... pues, él no me conocía... Y quizás nunca mas me verá, se veía que estaba indignado. Al revés de una mujer a mi lado, seguro era comunista y rezongando decía: "estos jefes están obligados a cumplir con su deber...". Siempre existen con raras excepciones más nobleza en el sexo varonil.

Sofía alarmada cuando supo este episodio, exclamó encantada: "qué simpatía". Primer obsequio en tierra argentina.

Viajo por tierras extrañas
Alma y cuerpo se me encogen
Norte-América y la Francia
A la extranjera acogen.

(Vicuña Mackenna).

* * *

Llegada a Buenos Aires

Se anuncia ya el arribo y tal como lo presintió el caballero, uno de los boleteros que me persiguió cerca de 8 a 10 horas continuas con su tremendo "runrun" me dice: "se tendrá que bajar a la oficina para aclarar este asunto", decía este sujeto tan molesto. Y todo esto porque en una de las estaciones llegando a Mendoza, otro de estos hombres me retiró el boleto y no me lo entregó más, y como yo creía era esa la costumbre, no lo reclamé más. Se cambian en estos tremendos y largos Trasandinos en el que ni camas conseguimos... mas de cinco o seis de estos jefes que llega a marear.

Quizás esto lo hizo por olvido o un complot, lo cierto del caso es que me retuvieron el boleto y estos aseguraban que yo lo tenía en mi maletín.

Le pedí a un caballero que allí venía, persona muy buena me acompañase en la oficina de la Aduana y lo hizo gentilmente, pero no consiguió nada y ya era tarde y tenía que retirarse dejándome sola.

Se condujeron aquí pésimamente como en verdadera guerra o batalla, así es, que sintiéndome ya muy mal les dije: "Yo no hablo una sílaba más con Uds. Este asunto lo arreglaré en casa del Embajador, pues soy chilena y no les pagaré ni un centavo más". Todas las apariencias afirmaban mi impresión de que andaban a la pesca de mi propina o gratificación, o por lo menos, querían que pagara otra vez, mi mismo compañero me aconsejaba sacar nuevamente el pasaje. No lo consiguió. Dejé como él quiso, todo mi equipaje en garantía, después de una hora de guerra. El contrapunto con mi llegada a New York. País soñado, donde fuimos recibidas en la aduana por los yankees con sus caras más dulces y amables, ingleses que no querían en nada molestar, sino agradar y darnos pruebas de cordialidad.

Este relato debiera haberse llamado la Tremenda Pesadilla, pero como todo debe entrar por su buena presencia, he omitido este título cambiándolo por el que tiene, que lo creo más adecuado y tengan en la actualidad más deseos de leerlos mis buenos amigos chilenos, de mi clientela, estos sencillos relatos que he descrito.

Menos mal vivir en paz
que morir en guerra.

Sofía.

Llegada a Buenos Aires

Tomamos un taxi a horas avanzadas de la noche, cansadísimas, sobre todo, Sofía para buscar alojamiento... que nos resultó harto difícil por estar encima las fiestas de Mayo en Argentina, y el gentío era inmenso y todo estaba completo.

Cerca de las ocho o nueve de la noche tomamos el taxi despidiéndonos del gentil caballero Antonio Miri, que a pesar, de sus esfuerzos con estos ganchaneros rudos no consiguió nada y nos resolvimos a traer lo encapillado en la caja grande de sombreros, que por suerte había comprado en Santiago.

Nos dirigimos a todas las pensiones habidas y por haber. en calle Charcas, donde nos habían informado en Chile... Y no había una sola, por fin, viendo a mi hermana tan cansada le dije me esperase y yo seguiría la contienda y pidió en una de esas pensiones comida, donde fué muy bien atendida, reposando un poco del viaje "que fué tremendo de cansador". Seguí mi búsqueda y a Dios gracias encontré en los alrededores y sin trepidar, viendo esta escasez, por ser las fiestas de Mayo, saqué los nacionales que tenía y le dije me los reservase un segundo. Fué el Hotel Central Córdoba, al lado de los PP. Sacramentinos, de este suntuoso Templo y corrí a darle la nueva a mi hermana para que viniese a reposar, pues en el Trasandino tampoco nos habían dado camas, porque siendo mucho el gentío se habían terminado. En este hotel estuvimos como 4 días, pero como ya vimos a pesar, que era relativamente barato nos querían explotar por ser chilenas, busqué como siete o diez conventos de Religiosas y algo increíble, como en Santiago: todo repleto. Habíame atraído las monjas domésticas, en calle San Luis. Conocí la entrada en que se destacaba un hermoso cuadro de su fundadora,

una señorita buenamoza, vestida a la antigua cuyo nombre es Vicenta López Vicuña, emparentada con nosotros por mi abuelita materna, y después, esta misma, de hábito religioso en otro cuadro. Conocí después todo este grandioso establecimiento, pero me quedé con las ganas de ser admitida allí. Pues tampoco había lugar... Y no me dieron ni esperanzas remotas.

El día de mi santo, que era el 22 de Mayo, nos hizo afirmar saliésemos luego de allí. Anuncié que era mi santo y lo pasaría sola en tierra argentina y el dueño del hotel hizo me pusieran en mi mesa una botella de oporto que llevaba mi nombre. Creyendo era obsequio lo acepté y le pregunté lo que valía y él me manifestó como que era regalo y no me contestó. Cuando fuí a pagar la cuenta lo cobraron... y se formó la rosca... pues los nacionales eran escasos... y le dije: "Yo ni lo había pedido y no podía cobrármelo" diciéndole: "Había venido a Buenos Aires a economizar y no a derrochar en lujos"... (Pues a las chilenas las creen también muy ricas, cuando vienen a esta ciudad)... Que no era nuestra situación... comprendió mi susto y me cobró la mitad no más...

Pasamos días de paz y tranquilidad al lado de Jesús Sacramentado en ese hermoso Templo de los Sacramentinos, en esa hermosa Basílica en la calle de San Martín. Basílica hecha construír por la Sra. de Achorena.

Fuí nuevamente a buscar pensión y encontré en Charcas 642, donde permanecimos hasta el fin en casa de una señora gorda, simpática que rebosaba de sanidad, simpatía y agradecidas a la Providencia que en esos momentos tan precarios encontramos hospitalidad, aunque fuese casa tan modesta, que en una ocasión le dije yo a una de mis colegas de allí, estan-

do todas en un gran silencio: "Es la casa mas fea que he visto en Buenos Aires, quedando sin resuello y me alegó la Sra., es que son allá las reservas mismas". No entiendo lo que dice y le contesté, afirmándoselo: "Es la casa más horrible que he visto aquí". Y ya entendió, pero tenía la gran ventaja de la situación: era baratísima y buena pensión, pagando mucho menos que en Santiago.

Quedábamos al lado de los Sacramentinos y del Hotel Plaza, y estuvimos asistiendo al Mes del Sagrado Corazón, donde recibíamos seguido la Santa Comunión y sus Oficios.

Fiestas del 25 de Mayo

Es el gran día de las Fiestas Patrias argentinas en que se celebraba la Independencia en 1910. No sabía dónde dirigirme, muchos programas a la vista, y estaba en un lío de confusión... sin saber dónde dar ni desatar en esta gran ciudad, en que nuestros vecinos argentinos se molestan mucho para informarnos... dije entre mí: "Yo me las entenderé". Estuve en los Sacramentinos donde iba a empezar la grandiosa función, una Misa Solemne, pero yo deseaba asistir a la Misa de Campaña y le pregunté a una señorita, cómo podría ir, esta me dijo: "ya no puede, habrá empezado". "¿Cómo se va a la Plaza Mayo?" Dióme muy pocas señales. Mas bien me desalentó que fuese, no le hice caso y fuí no mas. Tomé el tranvía, a pesar, que me dijo ya habría terminado la Misa. Al descender del tranvía me puse a seguir la inmensa multitud que iba. Allí como en Santiago, me encontré rodeada de cordeles en los alrededores de la Plaza Mayo... Torcime como pude para asistir a estas Fiestas Patrias, donde tuve la suerte de oír la Misa de Campaña. Y allí frente de la Estatua del Ge-

neral Belgrano estaba el monumento preparado con un Altar para celebrar el Santo Sacrificio. Se celebraba la Independencia de 1910 y su primer Gobierno. Un Padre Franciscano argentino explicaba al público y, sobre todo, dirigíase a los niños el Santo sacrificio de la Misa. Frente de la estatua del General que fué el fundador de la bandera. Recuerdo aún sus frases. "Hela allí". En su armonía procolor: "al pie de las Banderas" la de los libertadores compatriotas que tenéis el alma encendida por este Centenario, coronado de gloria. "Vivamos con sinceridad y armonía en nuestros actos y procuremos gloria, o morir", el general cuyo caudillo se honraba entregó su Bandera por la fuerza del pueblo después a San Martín, que era el correctivo y nativo de Yapeyu.

Las Iglesias

Después de conocer los Sacramentinos que llegamos a esa hermosa Basílica como providencialmente siendo vecinas de allí toda nuestra estadía, conocimos la hermosa Basílica de María Auxiliadora que está ubicada en la calle Rivadavia. Construyó esta Iglesia tan majestuosa y lujosa en toda forma el mismo arquitecto de los Sacramentinos, llegamos con Sofía a visitarla el mismo día de ella, el 24 de Mayo y nos pareció imponente. Realzaba unas escalinatas alrededor del presbiterio, pareciendo ser otra Iglesia cuyo efecto era hermoso, y allí en ese respaldo giratorio van los fieles en sus festividades a venerarla y rezar.

También contemplé un bello cuadro de San Bosco, el santo que mi mamá conoció, obsequiándole su libro con su autógrafo y a nosotros hijos pequeños nos envió su bendición. Era hecho como con

incrustaciones de mosaico, verdadera obra de arte. Sufrí al contemplar el lujo de allí, a la modestia de esta Iglesia, de aquí en la Gratitud.

Santo Domingo

Está situada en la calle de la Defensa y tuve tanto entusiasmo al llegar a Buenos Aires, que le rogué a la Santísima Virgen del Rosario, si permanecía allí hasta el Congreso Eucarístico hacer los 15 Sábados cumpliendo mis votos y con sacrificio, comulgando allí.

En la entrada se destaca una plazoleta y al medio hay un hermosa estatua de bronce negro con unos sujetos de semblantes melancólicos custodiando al General Belgrano muerto en 1902, también se vé el Campanario con perforaciones para simbolizar los desastres de la batalla. Aquí son muy patriotas, nadie les puede quitar.

El Santuario de Luján

Cerca de un mes ya en Buenos Aires, deseaba conocerlo y visitarlo, pero estaba recelosa como llegar tan sola, únicamente con Sofía, hice muchas tentativas y búsquedas de compañeras, pero éstas no las encontré y a unas argentinas que propuse, también fueron negativas..., así es que pensé resolverlo sola yéndome informar en el Hotel Plaza que desde que llegué fué el personal en atenciones de una suma amabilidad, atendiéndome mas que si fuese cliente de ellos y les quedé muy agradecidos, allí van todos los chilenos de palo grueso y con mucha razón.

Nos decían era imposible volver a Chile sin visitarlo y el que más alentábame fué el distinguido

ecónomo padre salesiano Spriano, guía de los chilenos, que había sido mi intención el me dirigiese esta relación de mi viaje, pero mediaron serios estorbos con el tipógrafo que no admitió mis sinceras descripciones de tierra argentina y me volví con mi música a otra parte sintiéndolo por la buena impresión de allí.

El recorrido

En un hermoso día Domingo 18 de Mayo, con un sol radiante tomamos el Colectivo Nº 32 y llegando por la calle Rivadavia hasta la Plaza 11 donde estaban los autobús Nº 2 que decían Villa Luján. Nos colocamos para emprender la excursión tan anhelada a Luján y escribo esta relación para dárselos a conocer a mis compatriotas chilenos que no lo han visto y que lo siento mucho, describiéndolo con sencillez y lo mejor que pueda, y espero su buen acogimiento.

Entre las chilenas, estuve con la Sra. Anita de Alcalde, con su simpática hija, en momentos algo precarios de sentidos pecuniarios.

Este recorrido duró como 2 horas y dista desde Buenos Aires a Luján, como 68 kilómetros.

El espectáculo más o menos, desde que ya llega algo distanciado de Buenos Aires es fantástico, parece uno divisar esos panoramas, pero mil veces mejor que en las cintas cinematográficas, esos bellos chalets construídos de manos maestras y de notables arquitectos que solo el Maestro Divino podía darles sus luces y construírlos tan colosales y de gustos tan artísticos, destacábanse también, campos con árboles frondosos que quizás, serían ya muy antiguos y añosos y yo recordaba algo la Chacra de la Gran Avenida de mis antepasados. Después de muchos recorridos se divisaba una chacra inmensa con árbo-

les gigantescos aislados del pueblo y la ví emocionada, dijéronme era el Seminario de los Maristas. ¡Cómo se educarán de bien formando sus corazones en esa Mansión de Santidad y Paz!

En el camino encontré este letrero: calle de Septiembre 7 y después otro impresionante, que me emocionó: "Parque de Santa Rita" con grandes letras. Cuando ví en el trayecto tantos sitios que decían: Se vende", pensaba cómo se encontraría tanta gente felices en Chile, que ahora para tener paz y tranquilidad, viven lejos del centro de la ciudad, las de grandes fortunas y otras se quedan con sus ganas encontrándose desorientadas en sus vidas.

La Leyenda del Santuario

Enviadas del Perú llegaban dos virgencitas a la República Argentina, una dirigida a Catamarca que llegó a su destino, y se llama la Virgen del Valle, una virgen pequeña y negrita que también es de gran devoción y van muchos en peregrinación a esta provincia de la Argentina a postrarse a sus plantas. La otra carreta que llevaba la virgencita conducida por bueyes llegó al centro del campo y allí quedó empantanada... y a pesar, de todos los esfuerzos de un negrito llamado Manuel que la llevaba custodiándola hasta su muerte y los esfuerzos de los demás hombres, no lograron hacerla seguir para sacarla de allí. Entonces se abre el cofre y ven lo que traía la carreta, descubriéndose allí una hermosa Virgencita chica y como no fué posible sacarla de allí para que siguiera su destino donde iba dirigida se resolvió levantarle allí un Altar, donde se trató de hacerle una pequeña capillita y dejarla establecida allí, Patrona de la Virgen de Luján, donde se le veneró por muchos

años hasta que se le levantó el Templo donde se hizo un Camarín y llegaban numerosos peregrinos de todas las Repúblicas a postrarse ante Ella.

A la salida del sol los troperos inician la marcha pero el que llevaba las Sagradas Imágenes inútilmente se esfuerza en conseguir el arranque de sus carretas, pero esta quedó nuevamente allí empantanada. Intrigado por el misterioso suceso, el conductor manifestó llevar en los dos cajones dos imágenes de la Virgen María. Y a imitación de los troperos y peones sube al carretón los dos cajones nuevamente, pues habían descansado la carreta de cuantos bultos y cajones llevaban y deseaba asegurarse si el estorbo de continuar la marcha realmente venía de ellos. Inmediatamente los dos cajones quedaron depositados sobre el carretón.

Se da la señal de partida y los mansos bueyes no alcanzaban a moverse. El negrito Manuel desde tierra seguía con admiración y extrañeza hondamente impresionado en el extraño suceso. A insinuación de uno de los presentes se quita un cajón. Se castigan a las bestias, se esfuerza por emprender el camino, pero el carretón permanece inmóvil. Los presentes piden el cambio de los dos cajones y al punto se quita del carretón el cajón que había quedado y en su lugar se coloca el cajón que había sido bajado anteriormente y dada la orden de marcha, las bestias se mueven con entera facilidad y ruedan ligeramente las ruedas pesadas del carretón: "Milagro, Milagro" claman todos a una voz llevados por piadoso entusiasmo. Reconocido el portento se procede a la abertura del cajón y aparece una hermosa efigie de bulto de la Purísima Concepción de la Virgen María. Llenos de tierna emoción, postrados en tierra veneran todos a la Santa Imagen. El negrito Manuel vivamente impresionado por el hecho milagroso, de ro-

dillas venera a la Madre de Dios. La imagen es de barro cocido, mide poco mas o menos de medio metro, tiene sus pies sobre nubes de las que emerge la luna entre las que aparecen las cabecitas de cuatro ángeles con las alas desplegadas. La imagen viste manto azul, tachonado de estrellas blancas, el cual se extiende sobre la túnica de color rojo.

Lleva las manos juntas sobre el pecho, las personas presentes al milagroso suceso insinúan la idea de que era voluntad de la Virgen quedarse en ese paraje. Unánime fué la aprobación. El conductor del cajón forzado por la realidad del hecho milagroso se vé obligado a entregar la imagen. Y la caravana prosigue la marcha a su destino llevando el otro cajón que contenía la estatua de la Virgen del Valle al hacendado de Sumanpa. Se resolvió levantarle un Altar donde se trató de edificarle una capillita y dejarla allí establecida Patrona de la República Argentina a la Virgen de Luján, donde se le veneró por muchos años hasta que se le levantó el Templo donde se hizo un camarín. Y llegaban numerosos peregrinos.

Pasaron muchos años y llegó al Santuario de Luján un Reverendo Padre, Francisco Salverri, que fué el verdadero autor. Empezó hacer colectas, recoger óbolos de todos los fieles pidiéndole al pueblo y pregonándoles en alta voz a los que llegaban a los pies de la Santísima Virgen para levantarle un Santuario y hasta llegó donde el Santo Padre para pedirle su autorización de cambiar estos valores de ricas joyas que habían obsequiado las damas argentinas y fabulosas de dineros para invertirlas en el suntuoso Santuario.

Su Santidad aprobó su petición. Entonces, el año 1887 se colocó la Piedra Fundamental de la Basílica de Luján.

En los numerosos obsequios adquiridos para reunir fondos en el Bazar de Luján, fué el de la señora Mariana de Brittain, una valija muy codiciada, era un donado del General Bartolomé Mitre en recuerdo de su estada como preso político. Fué esta rematada en las posturas hasta la suma fabulosa de 2.000 pesos y esta fué obsequiada a la señora María Brittain, que entonces era una chica muy bonita y era su admirador. Yo la ví sacándola y exponiéndome mucho, casi quebrándome las piernas al subir al ropero, pues estaba guardada muy en alto como una verdadera joya de gran valor, que llevaba su nombre.

La Basílica

Descendimos del colectivo como a las cuatro y con emoción íbamos acercándonos a ella. En el frente se llega a un hermosa plaza pavimentada, de trozos de mármoles grandes y su apariencia majestuosa y en el medio está la estatua del General Belgrano. Subimos varias gradas de lujosas escalinatas de mármol y nos introdujimos a la Basílica... Fué tanta nuestra emoción al entrar a esa maravillosa y grandiosa Basílica, que creo no tener una frase para poderla elogiar bastante, pues temo todo lo que se diga insuficiente, sobre todo, en las obras maestras de arte y arquitectura, porque sería errar en absoluto, diré únicamente era fantástica de belleza incomparable toda ella. Se vé que la República Argentina a quien fué declarada Patrona la Virgen de Luján, lucía sus galas para honrarla con esa Gran Apoteosis.

Entré al Presbiterio y contemplé la Virgencita lujosamente ataviada en ese camarín giratorio que la mueven a la vista de los fieles, para sus grandes solemnidades y después la trasladan al presbiterio y

llegando con Sofía al justo para recibir la Bendición del Santísimo Sacramento. ¡Qué devoción sentía! Me prosterné a sus pies, no excluyendo a nadie, amigos, parientes y enemigos, que ojalá no los tuviese y menos aún después de ver y admirar esta belleza tan celestial.

Esta Basílica es hecha toda de ladrillo revocado. Fuimos por segunda vez, invitada por los amables chilenos Manuel G. Huidobro y Luis Altamirano y su distinguido amigo que también deseaba radicarse como su otro compatriota nombrado en la Argentina; apesar, que yo lo sentía y se los demostraba y pasamos una tarde agradable, invitándome a un simpático almuerzo que lo encontré regio; pues la nutrición en Buenos Aires hay que ser justa, no se compara a la nuestra. Fuimos ahora a ver más detalladamente los letreros emocionantes de los ex votos de agradecimientos por los favores recibidos de sus fieles, agradecidos y grabados en plata, decían así:

"Los que me honran, gozarán de la vida eterna". Otros: "Bendice nuestros campos". "Gratitud de Madres".

También pasamos a visitar el Museo Histórico de allí. Sus antiguos carruajes, cuadros de los generales, héroes de la Argentina.

Facsímil de la carreta en que se empantanó el Bulto en que se llevaba la Virgen de Luján.

Monturas antiquísimas, etc., etc., etc...

Recordamos en esta visita interesantísima con Sofía en nuestro viaje a Europa, pensando ambas igual la hermosa y fantástica Basílica de Pompeya. Allí están depositados los restos de este Santo Padre Salberry, en la misma Basílica que él hizo construír, estando segura que la Virgencita de Luján lo tendrá colocado en espléndido sitio, por su celo en haberla honrado en la tierra tan bien.

Nos volvimos en tarde de invierno y fría, esta vez cogiendo una grippe de cerca de un mes, pues nos habíamos llevado en la plazoleta a la intemperie, poniéndome en cotejo con mis compañeros que ellos eran hombres y fuertes...

Fué emocionante la llegada a Buenos Aires, de esa tarde que no olvido. Al descender a la calle de Florida estaba reunida una inmensa aglomeración que a cuál más vociferaban: "Viva la Francia liberada". Y yo pregunté: "¿Qué significa esto?" Y me respondieron airados "¿qué no sabe?"

Y con entusiasmo se cantaba la Marsellesa a grandes voces. Uníme a este entusiasmo a pesar que me sentía mal y dije que feliz vuelta al encontrarme con el triunfo de los Aliados y creía esto era su triunfo definitivo..... pero veo con pena esta guerra aún no termina..... pero será luego su triunfo definitivo lo espero.

El alcance de nombre.

El chasco más inmenso que me llevé en mis excursiones por no informarme bien fué éste, llegaba yo del colegio Salesiano donde pretendía editar mi libro e hice muchos viajes allí. Por mal de mis pecados le digo al conductor "por favor pare en la plaza San Martín, cuando venía muy confiada en que había entendido me grita él y otras mujeres comedidas..... Allí llegó a la Plaza San Martín. Quedeme estupefacta al divisar ese sitio. "¡Pero si esto no es lo que buscaba, no es la Plaza San Martín!". Encontrándome con lo más horrible de Buenos Aires. Y efectivamente mis exclamaciones eran a lo que yo decía: "No he venido yo a esta Ciudad para ver estos suburbios....., y me recordé de la plaza de abasto de Santiago..... Observando mi espanto, una buena se-

ñorita me tuvo lástima y me dijo: Verdaderamente o es una diablura lo que han hecho hacerla parar aquí o no han entendido que Ud. se refería a la Plaza San Martín del centro de Buenos Aires. Pues yo nunca pensé que todo Buenos Aires se relacionaba por todos lados y costados con el héroe San Martín, y con este tremendo chasco llegando al pueblo de San Martín, donde también tenían su Estatua inolvidable para mí. Tuvieron que cambiarme de coloctivo... tranvía y acompañarme pues era una lejanía de dos horas de la ciudad, llegando a mi hotel, donde mi hermana estaba asustadísima, cerca de las tres de la tarde..... y cediéndome su almuerzo el mozo de mesa que me dijo "no había tenido ganas de almorzar y gentilmente me lo dió. Y desde entonces nunca más me informaba en las excursiones; cuando yo no sabía algo. Muy luego me ubiqué de todas mis excursiones si no sola, y las otras con los del personal del Hotel Plaza, que me trataron hasta el fin con benevolencia, hasta un día que hubo una fiesta allí. Se asombraron porque no había sido invitada siendo chilena...

Relaciones

Casi no conocí a la sociedad Argentina, pues se veía que no les interesan en absoluto las chilenas, así lo observé. Así es que me satisfice con mi pariente tan gentil, atrayente y hospitalaria Chepita Vial de R., esposa de un distinguido argentino, José Reinal, notable en su actividad y esta buenamoza pariente al descubrirla por teléfono, (pues nadie le había informado nuestra llegada a estas tierras argentinas supo de un modo admirable, haciéndose amable con estas parientes de patrias lejanas y nos invitaba constantemente a sencillos y elegantes salones de Tes, Gath y Chaves, Confitería del Gaz y la de los Tres Chinos,

donde con mi hermana nos encantaba ir con ella y su hijita Pepita, que la secundara muy bien con su exquisita y precoz amabilidad.

También estuvo conmigo la prima M. Concha de L., y almorzamos donde el secretario Fernando O., que se condujo tan bien y su esposa Raquel que por el oportuno encuentro de mi primo tan amable y caballero que lo encontré cuando recién llegué en el Hotel Plaza, informó siéndome en ese caso tan precario de la retención en custodia de mi equipaje, fuese a verlo a su casa, que aunque algo desconfiada seguí su consejo resultándome con éxito y le quedé muy agradecida, era Ruperto Fierro que en esos días estaba allí.

Hice muchas búsquedas para también encontrar a Anita E. haciendo excursiones de largas caminatas y nadie sabía donde estaba, sintiéndolo mucho, pues en países extranjeros se necesita, parece más sociedad en sus soledades, pero viendo que era inútil ubicarla y una señora argentina de gran fortuna, cerca de la avenida Alvear, nos trajo en su auto, pues ya no dábamos paso de rendidas. Esta era la señora Unzué de palo grueso en Buenos Aires. No la buscamos más y una tarde rezando el Vía Crucis, en los Sacramentinos, siento que alguien me dice: ¿Que hubo Violeta? Y tuve mucho gusto al encontrarla y fuí con ella llevándosela a Sofía. Esta era bien peseadora y jovial, estaba encantada allí con muchas amigas y relaciones y asustada del tren de vida de nosotras, demasiado anacoretas, pues no fuimos a ningún teatro sino unas veces a los cines. Cada una con sus gustos, pero en cambio observé demasiado las costumbres y el modo de ser de allí, tremendos patriotas y también igualaba en sus costumbres de cubrirse la cabeza en los templos con pañuelos de narices, modalidades que muchas veces recordaba a La Serena, modesta ciudad, que tenía mucho de sus costumbres, claro

que esta gente, su suavidad las aventaja en mucho, pero su gran amor al terruño es igual al exuberante del amor patrio con el Héroe de San Martín, de los argentinos.

La Catedral

El día de Corpus, estuvimos en la hermosa Procesión. Había que hacer una descripción más o menos de este gran Templo.

La primera vez que nos tocó ir con mi hermana a la procesión de Corpus, que estuvo preciosa, prisidía en ella el Cardenal que llevaba la Custodia bajo Palio. Fué como a las 3 de la tarde con un orden maravilloso; Sofía sacrificó su siesta; para alcanzar a llegar a tiempo, siendo las distancias tan largas para llegar a la Plaza de Mayo. Llegamos estando ya todo repleto y estaban indiferentes a las que venían de Chile, para darles hueco alguno.

Sobrecogidas de espíritu, despertamos al grito de ordenanza, con el sonoro timbre de una campana que dijo: "Un segundo más y nadie podrá entrar". Como un relámpago rompimos los cordeles que nos impedían las argentinas también, y triunfamos en las filas del ejército cristiano, con la sombra de una gordita amiga argentina improvisada; que la aprisioné hasta el fin, dejándonos hasta quedar salvas y también cantando los Himnos al Santísimo Sacramento. Y después nos unimos a los himnos argentinos que esta amiga a todo lo que daban sus pulmones cantaba, y yo también seguí el eco, pues al país que fueres haz lo que vieres".

Ese día no se habría podido entrar allí sin grandes dificultades por el terrible tumulto que había, quise otro día ir enteramente sola para observarla bien, En la entrada tiene grandes columnas de materiales

revocada, el interior de la Iglesia es hermoso y lo que llama la atención de sus ornatos es un piadoso y antiquísimo Crucifijo que lo tienen en una urna de vidrio del siglo XVII y sus columnas que lo rodean de madera tallada con dorado.

En la puerta se destacan tres grandes escudos de material bronceado que uno de ellos tenía escrito en grandes letras, grabado: "Benedic tu Heredi" Tati tuae, traducción: "Bendice tu heredad" otra "Salvim Fac Populum Tuum" o sea "Salva a tu Pueblo". A la entrada por su costado custodiado por dos guardas entré a ver los restos del General San Martín, que ese día lo dejaban ver este Mausoleo al público. Al rededor de este hermoso mausoleo estaba la estatua de la libertad y al frente un medallón que dice: "Vencedor en Chacabuco y Maipú" proclamó la Independencia de Chile, 1817-1818. Lo rodean grandes cuadros, candelabros de fierro, con estos nombres, Maipú, San Lorenzo, Lima, Chacabuco. A los pies de su tumba y otro escudo de fierro que dice: "Llevó su Bandera a Chile, al Perú y al Ecuador, 1817, 1820 y en este mismo departamento de esta sepultura de gloria inmortal del General San Martín estaba también un busto de fierro que lo habían traído de Chile el general Las Heras. Las otras grandes placas decían: "El pueblo argentino agradecido a la memoria de su capitán. Por iniciativa del Presidente Avellaneda 1877, 1880 y otra: "Pasó los Andes 1817, redimió el Perú, fundó su Independencia 1820-1822.

Teatro Colón

Este es uno de los teatros más hermosos del mundo, que se le considera en la categoría del de la Opera de París y un caballero, sabiendo que era chilena me dijo: "No se vaya a ir de aquí sin conocerlo. Fué

construído por el año 1845 y se estrenó con la Opera de Aída, su dimensión es de una manzana entera. Al frente se destacan columnas de madera a oro y sus gradas son de mármol y todo el piso hecho de pedacitos cortados de mosaico. Su principal de reato.

El escenario es giratorio y de gran lujo rodeado de palcos con incrustaciones doradas a fuego y su telón es cortinaje de Amanto contra incendio. Los telones de boca son automáticos. Fuimos a ver también las galerías, eran grandiosas, hiciéronme recordar las del inmenso Museo de Pitti en Florencia, su mobiliario consiste de unos grandes muebles Bargueños para guardar licores y allí recordé a Sofía que en este largo recorrido cansándose tanto que por equivocarse del letrero en Italiano "Uschita" se internó más adentro quedando medio muerta de cansada. También entramos al foyer Presidencial.

El proscenio es rotativo y el piso levadizo. La visita a este gran edificio fué como la de un relámpago y pudimos entrar a verlo gracias a que había a esa misma hora un grupo de turismo chileno entre ellos por suerte un gentil joven y compatriota Echegoyen, que con otro muy simpático argentino, Jorge Cabrera Ortega y otras señoritas en colectividad nos mostró el administrador con mucha atención dirigiéndose más a mí con mi nombre llamándome a cada momento: "Señorita Violeta", porque se dió cuenta que iba con mi débil pluma a escribir detalles de este Teatro. y se empeñaba en instruirme algo aunque fuese a la lijera y no escribiese errores, y en breve rato fué la lección, pues a las doce se cerraba la puerta.

Nos recibió por la puerta falsa calle Cerrito y allí empezamos una verdadera excursión que fué laboriosa. Empezó por hacernos descender una inmensidad de gradas pésimas, 16 metros de profundidad y llegando allí en una de esas salas fuimos sorprendidas

por un ensayo de bailarinas, que no estaban vestidas de danzantes, sino de pijamas negras y estaban con la maestra que las ensayaba recordando a un pariente mío cuando niñito lo hacía igual, por su talento artístico en su don de imitación.

Allí estaban los aparatos escenográficos que están destinados para reproducir las grandes escenas que ahora estaban en miniatura y otras aún más lindas pequeñitas que parecían casitas de liliputienses los técnicos estaban ensayándolas. Allí estaban también unas vitrinas que contenían obras antiguas y recuerdos históricos entre ellos manuscritos de su propia letra de 1863 de Wagner y también del gran músico Bach y un bastón pequeñito y monísimo del artista Puchini.

Apresurándose el tiempo bajamos a escape casi matándonos en unos automáticos de cargas con mis amigos y mi compañera argentina Margarita Ortega. Espero que esta relación les agrade a mis compatriotas chilenos para quienes las he hecho. Allí también estaban S. Inés R. y Meche, en Buenos Aires.

Un torrente sin cauce

9 de Julio.

Después de oír misa y recibir la Santa Comunión fuí nuevamente a la misa de 11½.

Cuál no sería mi sorpresa al llegar a la Plaza de Mayo, observar que en el contorno de la misma plaza estaba rodeado de cuerdas, con un gentío inmenso. ¿Qué haré, me pregunto para llegar a casa en este laberinto?

Y súbitamente, sigo como una ciega el tumulto que se tuercen por un subterráneo que yo creía iría muy tranquila. El tranvía en este subterráneo se repletó como un torrente. En un dos por tres, de tal

modo, que era un espanto, ya casi no se podía respirar y se sentía la terrible repechada de todos lados. Un caballero al ver mi espanto y comprendió en mi lenguaje, era chilena, me dijo por lástima: "Bájese cuando yo descienda, pues, si ven los argentinos que Ud. no sigue a ver el desfile en Palermo, capaz que la maten". Era este buen caballero, el doctor Córdoba. Este tropel parecía de huasos. Lo seguí a él, hasta que me dejó en salvo en la calle Florida y el tropel siguió a Palermo, para ver el Gran Desfile Militar. En mi camino, sin soñar, ví pasar escoltado por seis elegantes oficiales en bicicletas al Presidente Farren y Perón, éste fué el primer acto de la fiesta militar.

Había hecho todas las tentativas habidas y por haber para asistir a esta gran fiesta del desfile... invitando argentinas; que ni por apunte veo toman a las chilenas... y viendo que esto, ya era imposible recurrí al joven M. G. H., que era muy amable siempre, y también tenía inconveniente y supe la única chilena de suerte, era la Anita E., que la habían invitado en una hermosa casa.

Y pensé entonces: "En esta gran ciudad es imposible vayan a atender a una sencilla Violeta, que se pierde en el ocaso..., pero no desmayé y aunque no divisé todo, fuí a la Avenida Allen sola y algo vi. Primero desfilaron como 100 aviones, que era un panorama fantástico al ver ese desfile de bandadas y después; seguían las ametralladoras, regiamente equipadas por la grandiosa nación norteamericana, camiones de chapas, de hierro, radios, tanques y cocinas, tanques y cañones y observé aún, no ví lo principal del elegante equipo militar, que únicamente lo imagino; pero lo ví en Norte América, que creo en su elegancia, era mil veces mejor, pero lo descri

bo más o menos, lo de esta tierra argentina que les brota el amor patrio lo más exuberante que he visto.

De paso, relato lo que le dije a una de esas personas de allá, a propósito, viendo esta tremenda aglomeración, una vez en la Plaza San Martín y corriendo desaforadas por ver un desfile, pasaban por encima de todas... por las bancas... etc., etc., con los chicos en brazos que casi se les caían, ví un tremendo alboroto que no pude aguantarme de decirles: "Si no corren más ligeros la patria se muere". Mi hermana Sofía tuvo este sueño simbólico del Libertador argentino, que ocasionó la pesadilla furibunda nocturna, ocasionada por los elogios exagerados del único héroe que ensalzaban su fama... "Se le apareció la estatua con vida y en forma agitada en la Plaza San Martín.

Expresaba con expresiones y ademanes misteriosos y ella preguntó ansiosa: "¿Es Ud merecedor de tanta bullanga?"...

El Cementerio

Sentía un afán devorador en conocer los abolengos de la Argentina. Mi entusiasmo al emprender mi viaje a esta gran ciudad... era conocer a la sociedad, pues había oído decir eran algo hospitalarias... con los chilenos y sentía necesidad de distraerme algo... La equivocación fué grande; se dice así. La ilusión que se sueña, encanta el alma... La ilusión que se toca, hace llorar... así lo experimenté.

Aproveché una invitación de una señora argentina M. Brittain, de mi residencia y nos fuimos al Cementerio. Aquí dije yo, conoceré bien las ilustres familias y dejando a mi buena señora orando en su tumba, yo fuí a descubrir las viviendas de esos ausentes ilustres, que nunca pude descubrir en mi per-

manencia larga de Buenos Aires. Figuraban allí, la familia Estrada, las Racca, General Saavedra, Pueyrredón, que figura en una Avenida, la familia de Alvear y varias otras, que sería largo enumerar, y dije yo, con esto me contentaré, pues sufrir es peor...

Una señora muy amable, nos dijo al llegar: ¿y Uds. no traen títulos? ¿presentaciones?...

Qué raro encontré eso... lo que nunca en mis múltiples viajes me habían dicho... Recuerdo a Londres, se desvivían de atenciones, lo mismo en New York.

Todo, reflexioné en esas tumbas, encontrándolas bellas y algo parecidas al Cementerio de Génova.

De allí me reuní con la señora, quien me llevó a la Iglesia vecina de allí, preciosa en construcción, Nuestra Señora del Pilar. Y parece me conoció una amable señorita de allí, que era yo turista, que se acercó y me dijo: "venga a conocer esta hermosa estatua de San Pedro Alcántara, artísticamente hecha, se veía de un santo anciano, realzando en su semblante ya las arrugas en su rostro que parecía con vida. Dijo que era de esto hacía 3.000 años, me complací hubiese hecho por mí esa atención, vislumbró no era artista, pero de familia y que tengo el gusto también en admirar lo bello en el arte.

Establecimiento de los Ciegos

Con muchas dificultades llegué a conocerlo, a pesar, que el administrador estuvo muy amable en darme luego una tarjeta de presentación por fines de estudios, conocía él aquel que había fundado mi sobrina E. H. de C., cuando era muy niña y quise cotejarlo con éste.

Estuvimos dos veces con unas señoras bolivianas y otras con las distinguidas niñas Yrarrázaval y

Ruiz Tagle Fernández. Con quienes también fuí a conocer el Teatro Colón, en un concierto que adornaron el palco con sus bellas figuritas. Encantada de haberlas hecho feliz, gracias a la señora Chepita V. de R., que me había proporcionado el palco.

Allí estaban las cieguitas con sus semblantes risueños mostrando sus caras, talentos perfectos en sus ramos. La lectura en Braille..., después una sala de tejidos a máquina, cuya profesora era mi amiga Margarita Ortega, niña inteligentísima, después las encuadernaciones.

El radiotelefonía, todo era de gran interés y perfecto orden que no me lo soñaba. Llamóme la atención los letreros en las salas que decían:

"La Fé en el triunfo, es casi una victoria".
"Cada hombre en su persona".
"Ciego es quien no vé".
"El que deja de luchar retrocede".
"No hemos nacido para nosotros, sino para la Patria".
"Serás lo que has de ser o no serás nada".
"Perseverar es vencer".

Encantada de observar este notable establecimiento, que, a mi juicio creo es lo mejor que hay y llevado por un caballero distinguidísimo de nombre algo curioso en que representa ser muy paterno, pues se llama Pater Noster, nos despedimos encantadas en compañía de Rebequita F. y despedimos a las cieguitas, que les tocan su marchita de una suave armonía y descienden con tacto las gradas del establecimiento y son conducidas a sus casas en un grande y regio camión y les dimos un adiós encomiástico, alabándoles por sus talentos en sus obras manuales y nos agradecen con gentileza, dándonos ejemplos de virtud.

El Congreso Eucarístico, 8 al 12 de Octubre 1944

Ya se acercaban los días para celebrar este gran Congreso, en que estábamos trepidando con Sofía, si nos quedábamos, o nó, pero por fin triunfé con mis deseos..., nos convencimos ambas que era lógico después de haber venido a la Argentina quedarse para este suntuoso Congreso Nacional.

Nos convenimos con mi primita Chepita V. de R. y ésta ya se había cuadrado con comprar 3 entradas de a treinta nacionales, para ir juntas y nosotras que éramos más modestas que ella, habíamos comprado unas entradas de a 3 nacionales las mismas que se perdieron; sintiéndolo mucho, pues los nacionales había que cuidarlos y más que todas nos enseñaban las argentinas en no desperdiciar ni un cinco..., pero por cierto, preferimos ir en la grata compañía de Chepita y su interesante hijita Pepita.

Se inició el Congreso en la Basílica del Santísimo Sacramento, a las doce de la noche, pero era tal el gentío que mi hermana se salió, por el susto de esa aglomeración..., yo quedé hasta el final, y a pesar, de esa terrible pecha pude Comulgar, volviendome sola con mi llave, pues por primera y última vez la pedí quedando al frente de la casa esa Basílica de los Sacramentinos.

Los días siguientes nos vino a buscar nuestra amable parientita con su hijita, y a pesar, que venia en su auto, éste de nada servía, pues eran todas dificultades para la movilización, ocasionado por ese inmenso gentío, que en mi vida espero ver igual. Allá oímos la misa en el monumento arreglado en la Plaza Mayo, Sofía se desatinó..., tenía un pánico terrible, así es que no pudimos como hubiésemos querido, seguir la Procesión, viéndola así tan nervio-

ca..., y nos quedamos sin seguirla más; y ella con- [illegible] lo lamentábamos...

Por suerte, el último día llegamos a tiempo y a pesar, que en el mismo momento que llegábamos a la Plaza, cerraban los cordeles y aunque alegábamos teníamos tarjetas de lujo.., nos sujetaron .., pero, a pesar de todo, quedamos bien colocadas y oímos hablar y recibir la Bendición del Papa, que fué el final del Congreso y lo mejor de los discursos.

Secciones del Congreso

Como estaba ansiosa de asistir y oír a mis compatriotas y delegadas chilenas, y nadie me informaba ni les interesaba hacerlo, hablé después de muchas actividades, por teléfono y en la Acción Católica que me comunicó con la señorita Urzúa, muy amable y simpática la Vice-Presidenta y me dijo. "Vaya a la fiestecita que va a haber en la Catedral, por el donativo que hace a Chile, el Obispo Andrea, de la Virgen de Luján al Arzobispo Caro, para el Santuario de Maipú, en Santiago de Chile, donde se construirá el suntuoso Templo en cumplimiento del Voto que hicieron a la Virgen del Carmen, los Padres de la Patria.

Llegué allí sola, con un día de aguacero, pero allí me encontré dueña del campo..., y en mi centro, muchos chilenos y chilenas. Allí estaba mi primo Fernando O.. el secretario en su traje de parada, el Arzobispo Caro, Lola V. Empezaron a dar contraórdenes .., nadie podía pasar adelante.., yo me puse de pié con algunas chilenas y dije: "Yo puedo porque soy chilena, y esta es mi Virgen"... Me dió el oficial entrada entonces, prefiriéndome por primera vez a las argentinas, pues en el acto me conocieron por mi modo de hablar.

La contemplé de cerca, a la estatua ricamente ataviada, pero con cabellera negra que, a pesar, que eso me extrañó, no dejaba de verse linda la carita.

Volvime contenta de la simpática fiesta y volvimos con un aguacero suave, después de haber asistido a esta simpática ceremonia de este donativo tan patriota que deseaban con esto unir los corazones de chilenos y argentinos.

Cogida por la mano de mi ángel

Una mañana salí de la Iglesia de los Padres Sacramentinos como de costumbre donde iba todos los días a oír misa. Quizás estaría algo débil y agotada de fuerzas con tantas andanzas en esta gran ciudad que me resbalé de la escalera de mármol cayendo de cinco a seis gradas sin descanso. Este favor lo atribuyo únicamente a lo Alto, pues fué un verdadero prodigio de no quedarme baldada o coja y yo en el camino lo observé... Cuando me vi chorreada en sangre y pensé entre mí que será de mí ahora en tierra extraña con una fractura de pierna y no sé a qué clínica y sin medios como estaba a dónde acudir. Cuál no sería mi sorpresa y por eso es mi deber dar gracias a Dios en esta ocasión como siempre lo he hecho y recordaba una imagen igual a este caso de Santa Teresita hecha de incrustaciones de mármol de mosaico en la Iglesia de San Miguel, llevando en sus manos rosas bajando las gradas en que representaba esa imagen descendiendo unas escalinatas de mármol y que en su camino desparramaba sus gracias celestiales y que yo siempre he sido tan devota de Ella.

Una señorita argentina fué a recogerme y también un chofer cuando estaba en el suelo y deseaban atenderme, pero cuál no sería mi estupor que a pe-

sar del golpe tremendo veo, puedo andar perfectamente y únicamente con una lesión que aún conservo como recuerdo de esta gran gracia que la atribuyo únicamente a la Providencia y esto sucedió tan rápido, como un rayo y creo que muchas en mi caso no pueden contar este caso tan admirable y doy gracias al Cielo por ello.

Las relaciones

Eran poquísimas, pues veía yo y sentía por experiencia que no tenían simpatía para nosotras. Yo estaba ansiosa de reanudar mis relaciones con la inteligente señora casada con un argentino, era ella compatriota mía que por referencias sabía era de gran inteligencia, y no me equivoqué al conocerla y la llamé por teléfono para estar con ella, perdiendo ya la esperanza a pesar de mi insinuación de ser convidada en su compañía, y vino con toda gentileza inmediatamente y recordamos a su estimado padre Dn. Domingo Merry del Val, hermano del Cardenal y el que en una ocasión se había expresado muy bien de nosotras diciendo: "Eramos amigas muy distinguidas y educadas y siempre quedamos gratas a su aprecio", y esta señora es la que se tiene más actividades allá y me encantó conocerla y se llama señora Inés M. Oettinger, siento haber sido tan poco el rato de amistad y con su distancia quizás ya no la veré más.

Con las otras señoras que me frecuentaban y tomábamos té en las tardes y con ellas podía ir al Cine que era lo único a que fuí era mi gran amiga y parientita abnegada Chepita V. de R. que en una vez tuvo la atención de darme sus entradas al Teatro Colón que le habían obsequiado a ella su suegro y con mis invitadas colegas chilenas y muy buenamozas fueron el ornato en ese teatro con sus bellas y atrayentes figuras. Alicia L., Mercedes y Meche Larraín

y Sara Ruiz Tagle, Tita Izquierdo B. que estaban encantadas de haberlo conocido, pues de otro modo quizá no habría ido, sentí no fuesen también la señora Rebeca T. de S. que ese día con la simpática Catalina L. B. aprovechando su poca permanencia allá; pues las chilenas no quieren perder nada, se habían ido a excursionar en el Mar del Plata.

Mis conferencias

Constantemente he estado en eso, nada más que por amor al arte, en mis andanzas callejeras y satisfacer así mi gusto recordando el país soñado de Norteamérica, Nueva York.

Creo haber sido bien audaz en afrontar este tema que era bien arriesgado.

Empezaba la conferencia "por este estilo". No les agradaría unirse con los norteamericanos, ellos podrían muy bien auxiliarlos y marcharían mejor... Reina tanto orden allí, disciplina, cultura y también son tan atentos y amables con los extranjeros... Pero como me alegaban ellos creyéndome norteamericana, aquí somos lo mismo con los chilenos... Entonces les contestaba yo, creo están muy equivocados, porque si ustedes es diferente, he sufrido yo con varias personas haciéndonos ver que somos menos en cultura e ilustración, pero creo no es así.

Lo que sí he observado, para ventaja de Uds. es que la ciudad es muy hermosa y de gran riqueza, el tráfico me ha sorprendido de los tranvías y colectivos que tienen un gran cuidado con los transeuntes, más que en mi país, debido quizás a que tienen unas fuertes multas y quizás su espíritu está más civilizado para dañar al público y les tienen más cáridad, que aquí no tienen el menor respeto y hasta en las veredas uno no está libre.

Llegando a Chile donde aún no había terminado esta relación... tengo que reconocer este gran milagro de Nuestro Señor que sería ingrata no lo hiciera... Pacaba tranquilamente por el empedrado(cierto cerca de la Alameda) (fiesta 5 de Abril) e iban los tranvías repletos y la gente colgada de ellos como si fuesen racimos de uva... Cuál no sería mi estupor al caer como una bola por los aires con un fuerte empujón que me dieron... se aglomeró la gente y yo no sabía lo que pasaba... y exclamaban: ¡La Asistencia Pública... y uno de ellos me dijo: señorita un momento mas si cae en el escaño su cabeza, se va al Cementerio..." Estaba toda ensangrentada... y como soy algo valiente no quería ir a la Asistencia Pública... pero fuí obligada a ir... Me atendió un jovencito Garcés muy gentil en la Asistencia y el mismo me dijo con toda gentileza y amabilidad, señorita hay que reconocerlo "aquí estamos en una Indiada, no se puede esto comparar ni con naciones extranjeras y tampoco con la Argentina". Esto yo lo acaté muy bien...

Pero, si se unieran en otras cosas a esas grandes naciones, nos exponen a caer al hoyo, pues siempre hay este axioma: "Con la unión está la fuerza". Muchos lo tomaban a bien, a pesar que otros los notaba muy agriados en sus semblantes, pues su amor patrio es exuberante y atentos me contestaban: "señorita, nos agrada mucho oír su opinión y conocer sus sentimientos, pero creemos no estaremos mal si no rompemos relaciones con ellos. Si Chile ha roto, ha sido por fuerza, porque estaban ya oprimidos por su pobreza y tenían que valerse por la fuerza de la Gran Bretaña y ayudarse con ellos, **pero nosotros nó...** Yo les respondí, no hay que ser orgullosos, y si no se avanza, se retrocede co ndiferentes países con este que estarían mil veces mejor, pues aquí hay modalidad diferente. No quedaba tan mal porque en esas mismas

tiendas me rebajaban creyéndome norteamericana sus buenas telas de seda, y se despedían cortésmente. Varias veces estas mismas conferencias las repetía por ese estilo y creo que tantas gotas de agua, aunque sea de esta humilde violeta han caído en esta piedra y pueden haberse oradado en esta tierra.

Almacenes de Arte

Algunos artistas me habían tomado por su cuenta y andaba de arriba abajo buscando pinceles, útiles de tierra cocida, para una sobrina algo artista Ester L. P. de C., y casi todas infructíferas con las dificultades de ahora... pero en cambio mejor suerte tuve con el gran autor de música, Alfonso Letelier, que le fuí a comprar lo que él deseaba, un rollo de papel de música, dándomelo a muy poco precio el agradable jefe un Yankee porqué vió que era de su parecer y le hablé inglés.

Con agrado se lo traje, a pesar de estas tremendas jornadas pues el que tanto brilla por sus magníficas composiciones teatrales le facilitaban su labor... pues el con su atrayente esposa Maiga... espero con su portada harán más ameno mi relato que algo interese.

Casa Matriz y las Teresianas

Había recibido una carta de mi prima Blanca S. de V. que me pedía fuese a buscar los Escapularios Verdes que allí no más los hacían y tenían sus privilegios; aquí no hay... Después de muchas informaciones pues no lo puedo negar allí me ubiqué, en Buenos Aires a pesar de las distancias y lejanías más o menos bien..., y encontré ese tesoro de Escapularios y conocí la Iglesia también. Su dirección era en Cochabamba 1428. En calle Ayacucho 1165.

Universitarias

Cuando supe tenía una prima de talento y actividad quise ir a verlas también y tuve l agrado de conversar con ellas y hablar de sus empresas, tanto con la superiora, que la encontré muy simpática y de criterio tan amplio que me encantó y es la directora de muchas Casas. La Sa. Cuestas... y la maestra primera ahora de allí, la Teresa Salas V. que es de virtud y gran abnegación para enseñar como maestras a sus alumnas... que ojalá saque el fruto de ese trabajo tan arduo en tierra argentina, donde ella con abnegación y sacrificio ha dejado hasta su hogar... en que ahora sería muy necesaria; pues tiene su padre delicado... para servir esa institución y llevarlas con sus enseñanzas de cultura y religión a formarse buenas y cristianas profesoras...

Fué terrible y tragedioso el ir con otro encargo del benemérito y celoso jesuíta el Padre Joaquín B., que fuésemos a conocer y visitar a unas parientes suyas españolas su primo y prima que vivían en unas lejanías espantosas... calle Deseado de San Martín... Quedamos con las fuerzas agotadas con mi hermana... pues ni los mismos argentinos sabían informarnos... teniendo sus bocas calles cruces del mismo nombre... Llegamos casi sin resuello... Nos recibieron muy amables. No se comprende como se puede vivir en esas lejanías... el mismo se sentía ya cansado y confundido en esto... lo encontré muy parecido al Padre... pero le contesté. "No volviera más a descubrir parientes". Allí me mostraron una estatua antiquísima y de gran valor para ellos un San José que lo había bendecido el Padre Claret, santo ahora, allí me postré para orar con devoción.

¡Dónde habíame soñado que en la Imprenta que lleva ese nombre iba a tener la acogida con el edi-

tor tan amable, Juan Mosó y su socio, para imprimir este sencillo relato de Argentina.

En clínica

Fuí también a algunos hospitales, pues quería ahorrar con mi hermana para ver su vista que estaba algo delicada, pero como ahí fué imposible... nos enviaron al Dr. Grollman, el mejor oculista de Buenos Aires, quien nos trató con cariño y simpatía, atinando el mal de mi hermana que no era grave y después con suma proligidad, me examinó mi vista diciéndome estas palabras al quererle pagar mi consulta: "a Ud. señorita no le recibo nada, pues para mí los chilenos me son muy simpáticos a lo que quedé sumamente agradecida y le prometí en mi relación contarlo; fué primera y última vez que oí ese elogio para mis compatriotas.

Ultimos preparativos

Estábamos ya sumamente confundidas con Sofía, pues ya los calores eran recios y a pesar de todas las solicitudes gentiles de mi pariente Chepita de R., eran infructíferas, pues en la Estación siempre habían atrasos y demoras para darnos los pasajes. Así es que yo ya me había resignado a pasar las tardes en las plazas, divisar por ahí a mi primita María C. de L., muy simpática, esposa de un argentino también y nos quejábamos del calor y ella también con deseos de volver a su patria y conocí también a su hijita con su hijo que eran muy interesantes.

En una ocasión nos había advertido el Padre Salesiano ecónomo Sr. Sprian que tuviésemos cuidado para la vuelta y verlo con tiempo para escapar del terrible clima, a lo que yo le respondí como pro-

fético: "Ya veo que llegar aquí, es como llegar al Infierno y que cuesta salir, como lo experimenté".

El tiempo se deslizaba de un modo vertiginoso y los consejos de mi amigo M. G. Huidobro que me decía por teléfono con voz imperativa: "Por favor Violeta, no se vaya, la situación de Chile, es pésima"..., y además, tuve un sueño que me decía más o menos las mismas frases de mi prima Marta A. diciéndome lo mismo. Yo estaba verdaderamente perpleja, ya tranquila y sin saber qué hacer y sin el menor deseo de volverme a mi patria con tantas malas noticias en mi contra.

El retorno

El tiempo era apremiante y la situación era precaria en todo sentido, pues ya no teníamos ni dinero casi y menos salud.

Habíame retardado en algo, más de lo necesario por la impresión que me había causado una viejita querida que tenía en Chile, la Adelita A., que había fallecido...

Empezaban estos tremendos calores, experimentándolos tan fuerte que nuestra salud de ambas se resintió fuertemente con este clima tan sofocante y húmedo. Sofía empezó a sentirse con una pierna que le flaqueaba tan fuertemente que casi no podía caminar y una transpiración a cada momento y a mí me vino un derrame bilioso que sentía fatigas de a ocho diarias más o menos atacada fuertemente al hígado que tuve que estar en un reposo absoluto, diciéndonos el bucanán de la residencia "Uds. son criminales, no deben estar aquí, pues ninguna chilena soporta en este tiempo este clima de Buenos Aires".

Apresúrase eléctricamente el viaje

Estando yo tomando como de costumbre el fresco en la plaza San Martín veo que anda lo más ligero que puede y con sus piernas flaqueándole me dice mi hermana: "me voy inmediatamente a Chile y voy a hablar con "Chepita". Me dió su aspecto un miedo horrible y le dije: "¿qué estás loca?" y comprendí su estado que ya no podía estar más allí, y no queriéndome llevar esta responsabilidad y creyéndome yo culpable de este viaje y de este retardo y que su salud peligraba, le dije: "vamos inmediatamente pues de la Iglesia he tenido esta inspiración", lleguemos a casa de nuestro primo Bonifaz Panizo, que es tan práctico y será en esta ocasión, él que es tan amable buscará una solución para esta precaria situación". Le diremos que estamos sin dinero, sin salud y que él nos aconseje cómo hacerlo luego.

Sofía accedió a mi deseo. Tomamos el camino con dificultad para la calle de Maipú, el departamento donde él vivía y lo encontramos solo y dejando el solícito su ocupación en que estaba vino a escuchar nuestra solicitud. Le dijimos todo con entera confianza, pues era el caso y después de oírnos, nos dijo. Voy a hablar con los señores Barahona que son comisionistas en estos casos y pagando una pequeña cantidad creo que todo se los arreglará. Nos vinimos ya confiadas y alentadas, agradeciéndole mucho. Al otro día efectivamente nos llama por teléfono y nos dice, pues en ese momento no estábamos en casa que llamemos. "Vayan a la oficina de Barahona y lleven el importe de la comisión, pues esto hay que hacerlo rápido, ya está todo arreglado para tres días más y emprender el viaje. Lo encontramos esto como un verdadero milagro, pues estábamos viendo las precarias dificultades y la Providencia se valió de mi

gentil pariente Bonifaz y su buena moza esposa Amalia para auxiliarnos en nuestro regreso á la Patria que ya lo necesitábamos mucho y con urgencia, pues ni dinero, ni salud teníamos.

Fuimos a despedirnos al otro día de él con su esposa y la encantadora y precoz nena que tienen Amalita, llevándole yo un niño Dios de recuerdo y pidiéndoles a sus padres que en vez de unos encargos que me hacían y que se los iba a traer, me entregasen su tesorito para que no se enfermase con esos calores, pues la chiquita me decía "me siento mal del estómago" y corría con angelical cariño para que a su tía le diesen un recuerdito.

El rincón de los chilenos

Había en un hermoso departamento que ocupaba Manuel G. Huidobro en calle Rodríguez Peña hospitalidad siempre fija para sus compatriotas y a pesar que ya era el tiempo apremiante, fuí invitada a tomar el té con mi hermana para despedida. Le acepté esta amable invitación donde estaban reunidos jóvenes muy atentos y simpáticos. Un joven llamado Theo V., otro joven Donoso y otro joven Sánchez que pasamos en amena charla haciéndome olvidar algo, de otras faltas de atenciones que hubiera deseado. También en otra ocasión había conocido ahí mismo un joven Manríquez su amigo argentino, pero a ese no lo vi más y era también muy agradable. Nos despedimos cordialmente de esa recepción, quizás para siempre, a pesar que él deseaba atraerse a todas sus correligionarias, ya tiene enteramente sugestionado al joven Altamirano que lo acompañará a vivir radicalmente allá, a pesar de mis buenos deseos de tenerlos aquí.

Relación de mucha estrategema

Había pensado relatar este libro en los salesianos de Buenos Aires por su buena impresión, pero tuve serios inconvenientes por el tipógrafo que no estuvo de acuerdo conmigo, en lo que decía con toda claridad lo que había experimentado en mi viaje, y decía el señor Eliseo Marcos.

He leído los originales del folleto "Clarín de Batalla", aún cuando no hay nada contra la moral ni dogma católico, no es conveniente que ese libro se edite, llevando pié de Imprenta del Colegio Salesiano. Hace apreciaciones en contra forma respetuosa, etc., etc...

Al volverme a mi casa, creyendo todo me lo había devuelto con las copias, cual no sería mi sorpresa cuando me encontré con que no había ninguna que trataba a Buenos Aires, sino las ajenas a este tema. Desesperada, viendo mi trabajo frustrado, habiendo ido en colectivo y casi diariamente a esa Imprenta y lluvias recias, como son las de Buenos Aires, le hablo por teléfono al Padre José Sprian, que se caracterizaba por su talento, amabilidad y atención con los compatriotas chilenos, y quedó de arreglar este desagradable asunto, pues él era el ecónomo del Colegio. Inmediatamente me los envió por correo en devolución. Con estas amables letras: "José Sprian, saluda atentamente a la señorita Violeta Quevedo y le devuelve sus manuscritos, asegurándole éxito, si algo falta me avisa". Cuando recibí esta carta alentadora, como especie de bendición, pensé luego tendría éxito este pequeño folleto de relaciones de mi viaje argentino.

La partida del tren Trasandino

Después de un arduo trabajo de tres días de arreglo tan rápido, tomamos el tren de once y fuí gratamente sorprendida al ver al gentil joven T. V., venirme a dejar a la Estación con un lindo ramillete de jazmines que aprovechaba también de hacer sus atenciones a otras relaciones, pero no por eso dejé de agradecérselo, diciéndole me escribiese, pues o si no sería quizás ya un largo olvido... que lo sentiría.

En el trayecto quisieron molestarme en la Aduana para el registro de mis maletas, pero por suerte yo tuve una buena salida y cuando llegaban con todos los deseos de desarrajar todo deslicé en las mismas maletas atraída por un miedo atroz, mis manos muy suavemente poniéndolas encima de todo y diciéndoles con entereza así: "aquí no se puede tocar y entonces ellos iban al otro rincón de las valijas diciéndoles nuevamente, aquí tampoco se puede tocar... Entonces ellos se confundieron con mi sistema y gracias a Dios no me tomaron nada sino que desarrajaron mis maletas y llegamos con mi hermana sanas y salvas a nuestra patria que ya parecía no íbamos a volver más.

Adiós a la Argentina

Tranquilas estábamos ya instaladas en las bancas del Trasandino, y Sofía se había sentado al lado de la ventanilla del tren.

De súbito avísame: "Ves como ahí viene el joven Theo V. Efectivamente lo observo, me dirijo a la ventanilla y lo diviso como una mariposa que voltijiaba con aire bondadoso y amable... y aproximándome su lindo ramillete de jazmines del cabo, me los entregó...

¡Cuál no sería mi asombro de ver esta simpática manifestación que no soñaba!...

Créame, que esta demostración va hacerme endulzar ratos amargos, que aquí he pasado, y van con su fragancia a consolarme bien... El me respondió ¡Qué lástima que este conocimiento haya sido tan a última hora!... "No importa le alegué. Ud. puede muy bien escribirme". Y él anotó la dirección que le indiqué para esta ocasión que era más segura, sin tener aún rumbo fijo. Y se fué algo confundido, dejando su simpático recuerdo, que yo mucho agradecí. .

Dícese siempre "que quién a un árbol bueno bien se arrima buena sombra le cobija", así que estas hojas, si no son juguetes desfavorables en mi contra, pues se tuercen como el viento y forman un remolino de cuentos, y faltas de simpatía a mi favor, todo se esfuma y será la realidad tan fugaz, como la despedida, dejando como el tren, únicamente el humo del carbón que se esparce en el camino, deslizándose el tren... "On n'y soit qui mal y pense" demostraba en su carácter tener personalidad propia y ajeno de pequeñeces.

Aún estaba embelesada con mi hermoso ramillete en mis manos... cuando llegaba casi a escape asomándose en la misma ventanilla del vagón mi amiga argentina Margarita Ortega D., y como habían mediado en ambas muchos dimes y diretes ocasionados por la falta de comprensión entre los caracteres y también hay que reconocerlo estas nos miran en menos, y como ella era sumamente franca lo demostraba en todo. En una conversación hasta me enseñaba lo que debiera escribir en mis libros..., curioso sería haberle hecho caso pues entonces había tenido que ser argentina hecha y derecha... y es lo que menos soy... Se veía en estos momentos de tantas trascendencias y ya en los últimos instantes de despedi-

da estaba impresionada y me dió impresión al verla..., le entregué con sacrificio mi lindo ramillete diciéndole: "Lleva este ramillete a la Basílica del Santísimo Sacramento y será el símbolo de nuestra despedida donde hemos estado tan bien cobijadas en esa vecindad tantos meses... Antes que aquí el polvo del humo en su trayecto las marchiten. Estos encerrarán todas mis impresiones, secretos..., ilusiones, ensueños y decepciones..."

Prometió cumplir con mi encargo, pues era buena y servicial y muy inteligente... y se despidió. Cuál no sería mi sorpresa al ver que pitaba el tren en toque de marcha y ver que ella corría al nivel del tren como el último adiós que parecía ser eterno.

La marcha del tren

Este recorrido fué en muy buenas condiciones enteramente contrario a la venida..., quizás los muchos ruegos..., las muchas precauciones tomadas de anticipo, nos resultó tan bien, lo único que lamentamos fué la explotación en la alimentación en el tren que tuvimos que reclamar para defendernos... después seguimos en calma.

Llegada a Mendoza

Hicimos poderíos para poder ir a la Misa, pero el tiempo era precario y hasta unas Monjitas que venían nos dijeron no era prudente... Miraba a todos lados y costados a ver si divisaba a mi pariente Chepita V. de R., que habíamos quedado de su recuerdo y atenciones saturadas y acaba de venirse a Mendoza a su veraneo con Pepita, esposo e hijos... pero a pesar de mis deseos de darle mi último adiós no llegó...

Llegada a Los Andes

Después de una hora de estacionamiento allí, llegamos aquí para el famoso registro de la Aduana. Estos agentes estaban alarmadísimos al vernos tan abrigadas con unos calores tremendos (pues traíamos puestas nuestros únicos lujos, unas capitas de Piel de Gasela).

Y empezaron con su runrun: "Tienen estas que dejarlas aquí y después vienen por ellas". **Eso si que no, les dije,** pues hemos estado 8 meses en la Argentina y tenemos derecho para esto... Ellos alegaban en nuestra contra, pero se llamó al Jefe y dió orden que nos dejaran con ellas a pesar de sus intenciones. (Estos se veía, no tenían noción de que estábamos resguardadas ya con el Angel Custodio).

Empezaron entonces con el registro de las valijas... y las habían abierto con tantas ansias, que no esperaron llaves y las desarrajaron las chapas. Empezaron en su obra con el registro... y yo con un impulso mágico, coloco mis manos casi encima de las de estos comisionados y con suavidad y firmeza les digo: **"Aquí no se puede tocar".** Me miraron estupefactos y volviéndose al otro lado de la maleta en sus rincones les digo nuevamente: "Aquí tampoco se puede tocar.

Tuve una suerte espléndida con estas exclamaciones impulsadas de lo alto y está visto el buen resultado, estoy segura, nunca a esto los habrían sujetado así. Hablé allí por teléfono con el señor Carlos Ybar, dejándoles unas estampas que le traíamos y le supliqué nos encomendara al Cristo Pobre de la parroquia que le tenemos tanta devoción y gratitud por una gracia especial en la salud de Sofía. Lo primero que éste me contestó con simpatía

¿Cuándo sale su libro? por teléfono que fué la conversación? ¿Cuándo sale su libro?... Y nos subimos al tren.

Llegada a Santiago

A media noche fué la llegada y nuestro arribo tuvo que ser forzado a un modesto hotel cerca de la estación.., que ya habíamos hablado dejando las valijas en custodia.

Fuimos al otro día con mi prima Ester S. de V., que estuvo muy amable en acompañarme y que también le traíamos algo...

Les dije a los aduaneros el mismo estribillo... Que volvió a tener su éxito y por fin, teniendo ya un poco de susto le entregué un billete a uno de ellos y me lo conquisté mejor, terminándose esto favorablemente y empezar la lucha por la vida. en mi patria de Santiago.

TALLERES POLIGRAFICOS
"CLARET"
DIEZ DE JULIO 1140
SANTIAGO DE CHILE